
Cuando el
MONSTRUO RIE
por ALF. REGALDIE.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

El doctor Bronson contrajo las pupilas detrás de sus gruesos lentes, como para ver mejor, y no pudo evitar la emisión de una exclamación de asombro…

Cuando el monstruo ríe

Alf Regaldie

Cuando el monstruo ríe

Luchadores del Espacio, 70



Alf. Regaldie

CUANDO EL MONSTRUO RIE

■

EDITORIAL VALENCIANA

CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

KARL BRONSON, científico terrestre.
SWEIT, científico marciano.
LIDIA TSANG, BOB HOWARD, BAT SIDNEY, MIRIAN, jóvenes terrestres.
KARTEN, rey de los «teotis», monstruosa raza de Bonder.

CAPÍTULO PRIMERO


CUANDO el
MONSTRUO RIE
POR
ALF. REGALDIE

CAPÍTULO PRIMERO

Desolación

EL doctor Bronson contrajo las pupilas detrás de sus gruesos lentes, como para ver mejor, y no pudo evitar la emisión de una exclamación de asombro:

—¡Bárbaros! ¡Cada vez más bárbaros! ¿Qué puede haber sucedido aquí?

Sonrió pensando que su voz debía haber sido recogida en la Tierra, dentro de cuya esfera de atracción había penetrado ya su aeronave sideral. Volvió a dirigir la vista a la pantalla en la cual aparecía un sector de la Tierra bastante importante, ya que recogía casi toda Norteamérica y parte del Canadá y Alaska. Era como una magnífica fotografía en la que se podían apreciar bastantes detalles.

—¡Ni rastro de verde! —rugió enfadado—. ¿Hasta dónde han llegado ya estos «civilizados» en su afán de destrucción?

Conectó los amplificadores y escuchó atentamente.

—Sin embargo, se perciben voces humanas, sí, aunque parece que se producen en un local cerrado.

Dirigió el profesor Bronson su aeronave para que tomase tierra en el aeropuerto de Nueva York. Deseaba pisar la Tierra en el mismo lugar que la había abandonado hacía aproximadamente...

Tuvo que detenerse para calcular por medio de una calculadora electrónica. Debía hacer el cómputo del tiempo con arreglo a lo que eran las divisiones del mismo en la Tierra.

Silbó.

—¡Va a hacer ya la friolera de doscientos ocho años!

No perdía de vista la pantalla. A medida que descendía la aeronave abarcaba aquélla menos terreno, si bien éste se iba apreciando con mayor detalle.

En aquel momento la aeronave experimentó una sacudida espantosa.

Sonrió el profesor Bronson burlonamente. La aeronave iba bien protegida y no había temor alguno a que la pudiesen estropear. Funcionaron los estabilizadores automáticamente y el aparato recobró enseguida su posición normal de vuelo.

—¡Tan bárbaros como siempre! Sueltan andanada y se quedan tan frescos, sin saber si el que llega viene en misión de paz o en plan

agresivo.

A tiempo que hablaba desconectó la energía de la sala de «acción defensiva», donde los «robots» electrónicos estarían preparando ya el ataque contra el enemigo que les había atacado.

Pulsó un mando el doctor y se iluminó una pantalla *de* reconocimiento. Apareció reflejado en ella el punto exacto de donde había partido el ataque.

—¡Ni un solo ser humano! También ellos han progresado.

Hizo una mueca de desprecio al ir apreciando ciertos detalles que se movían en la pantalla.

—¡Qué poca imaginación! ¡Hombres electrónicos! ¡Mis coterráneos continúan buscando la forma más parecida posible para lo que ellos piensan que puede sustituirle!

Tranquilizado al apreciar que en toda aquella zona de la superficie de la Tierra no había un solo humano a la vista, volvió a conectar energía a la sala de «acción defensiva» para que estuviese dispuesta a la acción si se producía un nuevo ataque.

Se sucedieron una serie de fuertes resplandores en torno de su aeronave y ésta se vio sacudida en todos sentidos. Los controles indicaron inmediatamente que no se había sufrido daño alguno y a poco se oía un silbido fino, penetrante y el espacio fue cruzado en dirección a la corteza terrestre por una serie de rayos bastante más veloces que la misma aeronave.

Prefirió el profesor dejar desconectados los altavoces, pues le molestaba el ruido de las explosiones, pero dirigió, sin embargo, la vista a la segunda pantalla, en la que se apreció inmediatamente las nubes de materias que se elevaban en forma de gigantescos hongos a consecuencia de la explosión.

—Estimo que habré hecho un señalado favor a mis coterráneos librándolos de sus hombres electrónicos. Por mi gusto les dejaría en condiciones que, para hacer guerras, tendrían que volver a recurrir al hacha de sílex y a la honda.

Calló Bronson después de aquello, prestando atención a los indicadores que iban señalando las diversas fases de las maniobras de toma de tierra.

A pesar de que el terreno no estaba en buenas condiciones, los mecanismos de la máquina volante hicieron que ésta se posase blandamente en la corteza terrestre. Comenzaron a funcionar inmediatamente las alarmas que indicaban la presencia en el aire de elementos nocivos.

Un espectroscopio señaló el tipo de los elementos nocivos y Bronson volvió a encogerse de hombros haciendo un gesto despectivo.

—¡Bah! ¡Radiactividad! Necesitaron siglos para llegar de la pólvora al T. N. T. y necesitarán siglos para hallar medios de

destrucción más perfectos y efectivos que la desintegración del átomo.

Vestía el profesor Bronson un traje ajustado de una fibra térmica y aislante, y sin quitárselo, vistió encima una especie de armadura de un metal sumamente resistente y, sin embargo, flexible, que disimulaba en parte la deformidad de su cuerpo, la doble joroba en pecho y espalda que, aunque no voluminosa, le afeaba bastante.

Se contempló en un espejo y sonrió burlonamente

—Así estoy mejor. Pero estaré mejor aún con la escafandra.

Ocultó con ella el profesor sus facciones, que no tenían nada de agradables a pesar de que eran finas y de que su piel parecía tener una cierta transparencia, dando la sensación de que era porcelana.

Antes de abrir la portezuela de la gigantesca aeronave dictó unas órdenes que quedaron almacenadas para caso de emergencia. Así, la aeronave actuaría sola según las incidencias que se pudiesen presentar, ya que sus máquinas electrónicas actuarían exactamente lo mismo que si recibiesen las órdenes al momento y directamente de él.

Cuando saltó a la corteza terrestre, no le extrañó hallarse en un paisaje de desolación, ya que lo había visto reflejado en las pantallas, en el interior de la aeronave.

Pero no pudo menos que sentir una profunda tristeza, dirigiendo la vista hacia el lugar próximo donde se había erguido orgullosa la ciudad de Nueva York.

—¡Ni la estatua de la Libertad! ¡Han hecho bien! Era lo que primero debían suprimir, porque con tanta barbarie resultaría un sarcasmo.

Manipuló en el perceptor de sonidos y echó a andar siguiendo sus indicaciones.

No tardó en hallarse a la entrada de un túnel bien disimulada, hasta el punto que desde el espacio era punto menos que imposible descubrirla y viniendo por tierra no la hubiese descubierto tampoco a no ser por el detector que usaba desde que saliera de su aeronave, detector que, con una pequeña antena plegable, llevaba sujeto al cinturón.

De improviso sintióse lanzado a lo menos seis metros en un salto que a él mismo le maravilló, pues no había visto que se produjese explosión alguna, si bien había percibido sus efectos. No había visto enemigo alguno y se levantó un tanto irritado.

Por una falta de elemental precaución, el detector había sido estropeado Empuñó sus pistolas cuyos pequeños proyectiles no necesitaban tocar a uno para causarle la muerte, ya que a su explosión producían tal calor en combinación con el oxígeno del aire, que no había ser animado ni planta que pudiese resistirlo en un radio de cincuenta metros.

Pero no tuvo ocasión de usarlas. Percibió unas espantosas

sacudidas y las pistolas le fueron arrebatadas de las manos y él mismo perdió inmediatamente su estabilidad, sintiéndose zarandeado de una forma brutal, chocando varias veces seguidas contra el suelo, librándose de ser destrozado contra él gracias a la protección de su armadura.

Cuando quedó inmóvil y pudo reaccionar envió una orden radiofónica a su aparato, gracias a la pequeña emisora que llevaba en el equipo e instantes después vio que la entrada del túnel volaba y con ella restos metálicos.

Vio también algunos hombres electrónicos que habían quedado descubiertos. Unos permanecieron inmóviles, seriamente afectados por la descarga, y otros se movieron de forma curiosa, aunque con cierta dificultad. Volvió a percibir otra serie de explosiones que daban la sensación de que lo querían incrustar en la tierra, pero no necesitó cursar nuevas órdenes a su aeronave para que se produjese una nueva explosión que causó mayores destrozos que la anterior, no dejando ni rastro de los hombres electrónicos que había visto anteriormente.

Se levantó y caminó en dirección al túnel, el cual había quedado al descubierto en una porción bastante grande, dejando ver las bocas de unos tubos de bastante diámetro,

—¡Ascensores! —murmuró el profesor Bronson.

Se asombró un tanto de no ver las salidas por donde debería eliminarse el aire viciado, pues tenía la completa seguridad de que se hallaba a la entrada de una ciudad subterránea.

Había quietud absoluta allí en aquel momento.

El profesor Bronson llegó a vacilar. Ya no percibía las voces humanas que habían llegado anteriormente a sus oídos.

—¿Me habré equivocado? —se preguntó perplejo—. Pero no, estoy seguro de que eran voces humanas, aunque no pude llegar a entender lo que decían. Ha sido un desastre que me estropease el perceptor de sonidos.

No tardó en percibir un leve zumbido que se producía en uno de los tubos y se dio cuenta de que el ascensor que se hallaba vacío, desaparecía de la superficie, bajando rápidamente.

—Es posible que no tarde en tener visita. Habré de prepararme, pues no quiero más sorpresas como la de antes.

Había recogido el profesor sus pistolas y guardó una, manteniendo la otra en su mano izquierda. Luego, se escondió debidamente entre los restos que había producido la explosión.

Había cesado el zumbido. Contó los segundos. Volvió a producirse el ruido.

—¡Treinta segundos! Ni el ascensor tiene demasiada cabida ni han tenido tiempo de embarcar a demasiada gente. Creo que puedo esperar tranquilo.

Sentía impaciencia el profesor por volver a ver seres terrestres, gentes de su misma especie. Hacía casi doscientos años que no había visto a ninguno y había sido precisamente en Marte el último que viera

Pero hubo de apartar de su mente tales pensamientos para centrar su atención en el ascensor que llegaba arriba en aquel momento. Se abrió la puerta de la caja propiamente dicha y a través de las rejas metálicas que formaban la cancela pudo ver algo de los seres que llegaban. Vestían también unas a modo de armaduras metálicas, pero que debían ser de metal bastante ligero y flexible, pues aquellos seres se movían con cierto desembarazo.

A no estar en la oscuridad, pues el ascensor no estaba iluminado en aquel momento, hubiese podido ver el profesor que se trataba de una mujer y dos hombres, jóvenes, muy jóvenes los tres.

Se mostraban indecisos los tres jóvenes una vez abierta la primera puerta y a poco vio Bronson que uno de ellos montaba un pequeño aparato que por el uso que hizo de él imaginó que debía ser un detector.

El joven lo aplicó a tiempo que prestaba suma atención a sus indicaciones y al fin señaló a un punto determinado.

Actuó su compañero con una especie de soplete, seccionando una pieza de cancela, precisamente por su abertura, y el que había empleado el detector la cogió con el máximo de precauciones antes de que estuviese totalmente desprendida.

Abrieron entonces la cancela y salieron del ascensor. Una vez fuera, pudo apreciar Bronson que se trataba de dos jóvenes del sexo masculino, que eran los que habían maniobrado, y una muchacha. Las escafandras que llevaban los tres eran de un material transparente, incoloro en la parte que correspondía al rostro y de un color verdoso oscuro en el resto. El cierre de la escafandra con el traje-armadura tenía un pequeño altavoz delante, cayendo a la altura de la parte baja de la garganta y una especie de pequeños auriculares a los lados, más una antena plegable en la parte de atrás.

De los dos hombres, el que había cogido la pieza desprendida de la cancela, era moreno, bastante bien parecido aunque de facciones un tanto duras, de constitución robusta y ojos expresivos.

Miró en torno y al fin se decidió a dejar su carga con el máximo de cuidado, arrimada a la pared, no lejos del ascensor.

El otro joven, en tanto, se mantenía a la expectativa, manteniendo en sus manos una especie de sub-fusil de reducidas dimensiones y que daba la sensación de ser bastante ligero.

En cuanto a la joven, morena, bellísima, de facciones achinadas y figura espléndida y elástica, contemplaba lo que le rodeaba con una especie de desdeñosa indiferencia. Se dirigió al joven del subfusil, que

era rubio, menos corpulento que el otro, fino y bien proporcionado y de facciones dulces, sin llegar a ser femeninas.

—Creo, Sidney, que sobran todas las precauciones. Aquí ha debido pasar algo gordo. Esto está destrozado y no se ve uno solo de nuestros hombres electrónicos. Ahora bien; tampoco alcanzo a ver al que haya podido causar estos destrozos

El joven moreno, que se había incorporado al grupo, se dirigió a la muchacha:

—También yo creo que ha pasado algo gordo. Lo cual quiere decir que no debemos descuidarnos. El enemigo, pues indudablemente existe, tanto puede estar cerca como lejos.

Sonrió Bronson complacido. Aquellos seres hablaban inglés. Seguramente eran compatriotas; hasta la muchacha, pese a sus facciones achinadas que demostraban su origen asiático. Pese a su escepticismo, se alegró y se sintió un tanto deslumbrado por la belleza de ella y por la gracia de sus movimientos un tanto felinos.

Se decidió a hablar el profesor, aunque sin dejarse ver aún y habló, procurando modular las palabras con dulzura, asombrándose él mismo de comprobar que no había olvidado su idioma a pesar de los quince años que llevaba en viaje, y que hasta sus pensamientos se producían tal como 208 años antes, cuando se hallaba aún en la Tierra.

—No existe enemigo, jóvenes compatriotas, pues imagino que ustedes deben ser norteamericanos.

Los tres jóvenes acusaron la sorpresa que sentían al escuchar aquella voz y se volvieron hacia el punto desde el cual había salido. Los subfusiles que empuñaban tanto los hombres como la muchacha se dirigieron hacia allí.

—Salga quien sea, pero hasta tanto comprobemos si es enemigo o no, levante los brazos y no haga ningún movimiento sospechoso.

Pensó Bronson en divertirse un tanto a costa de los tres jóvenes y respondió, pero produciendo la sensación de que la voz salía de un lugar diferente y obligando con ello a volver la cabeza a los tres jóvenes hacia el lugar de donde creían partía entonces la voz:

—¿Pero es que continuáis aún con las mismas tonterías de hacer levantar los brazos a la gente? Si fuese vuestro enemigo y hubiese deseado fulminaros, ya lo habría hecho. Me bastaría con hacer explotar esa carga que habéis quitado de la cancela del ascensor y que tan cuidadosamente habéis depositado ahí. Pero no pienso hacer tal, estimados compatriotas.

Se miraron los tres jóvenes con expresión donde campeó el humor y respondió la muchacha:

—¿De dónde sales que usas esos términos tan anticuados?

—¿A qué términos te refieres?

—Eso de compatriotas, de norteamericanos...

—¿Acaso no lo sois?

—Con arreglo al concepto antiguo, sí; pero eso ha caído ya en desuso —dijo entonces el joven rubio—. ¿Cómo es que ignoras todas esas cosas?

—Entonces, si todos esos conceptos han desaparecido, ¿por qué peleáis ahora? Porque el panorama que tengo a la vista quiere decir que os habéis estado zurrando de lo lindo hasta no hace mucho.

Los tres jóvenes se miraron entre sí con expresión en la que Bronson captó inmediatamente la confusión en que sus palabras los habían sumido,

—La verdad es que no sabríamos cómo explicarlo —dijo al fin el más corpulento de los jóvenes—. Esto ha durado años y años, comenzó de una forma, y si es que ha terminado, que lo ignorarnos, ha terminado de otra.

—¿Creéis que quedan muchos habitantes en la Tierra?

—No lo sabemos. Últimamente no han respondido las comunicaciones, ignoramos el porqué.

—¿Sabéis cómo está la faz de nuestro planeta?

—No lo hemos visto hace muchos años. Tenemos un leve recuerdo de nuestra infancia, refrescado de tanto en cuanto por las proyecciones cinematográficas.

—Pues os lo diré yo. Mientras he descendido no he visto una sola nota de verde en todo el planeta, y hasta he recibido la sensación de que los ríos están empobrecidos, de que el mar ha bajado bastante de nivel y ha perdido aquella hermosa transparencia que tenía. Y, sin embargo, el sol continúa enviando su energía.

—Entonces, ¿ignoras lo que ha sucedido en la Tierra durante los últimos años? —interrogó la muchacha—. ¿De dónde vienes y cuánto tiempo has estado ausente? Sabemos que cuando se inició esta terrible guerra, la Tierra tenía colonias en otros planetas. ¿Acaso eres tú uno de los que se hallaban en las colonias?

—No sé nada de eso, aunque yo mismo salté de aquí a Marte —respondió Bronson—, pero esto fue hace ya doscientos ocho años. Imagino que seguiréis dividiendo el tiempo lo mismo que entonces.

—¡Doscientos ocho años! —respondieron los tres jóvenes con asombro—. Entonces, ¿qué edad tienes?

—Nací hace exactamente doscientos cincuenta y siete años terrestres —fue la asombrosa respuesta.

—¿Tienes inconveniente en salir del lugar en que te halles? Puedes hacerlo armado y con los brazos en la posición que gustes —dijo el joven rubio, a quien la muchacha había llamado Sidney.

Ante aquella invitación, el doctor Bronson se puso en pie, dejándose ver de los tres jóvenes, ante los que resultaba un tanto

insignificante físicamente. Pero Bronson estaba acostumbrado ya a sentirse en inferioridad física, pese a que en aquel traje, sus deformaciones quedaban disimuladas y no se dejó impresionar lo más mínimo a pesar de que el joven moreno no bajaría de 1'90 de estatura.

—Me agradaría quitarme la escafandra para que me vierais el rostro, ya que la mía no es transparente como la vuestra, pero hay carga radiactiva suficiente en el aire para matarme en no demasiado tiempo. Pero permitidme que me presente: Soy el doctor Karl Bronson, de Pensilvania, Pensé que podría hallar familiares, descendientes de mis contemporáneos, pero después de todo lo que he visto he perdido las esperanzas.

A través del micrófono, la voz de Bronson resultaba atractiva, agradable y predisponía en su favor.

—Creo que hace perfectamente bien en abandonar tales esperanzas, aunque no resulta absolutamente imposible. Desde luego, en nuestra ciudad no queda ningún Bronson ni de Pensilvania ni de ningún otro punto.

—¿Muy populosa?

—Aparte de nosotros, quedan veintitrés personas entre hombres y mujeres. Todos jóvenes, entre los diecinueve y los veintisiete años. Hace mucho que no hay nacimientos, y en cuanto a la gente de más edad, ha ido cayendo toda. Los últimos tres años han sido terribles y por eso los supervivientes nos hemos decidido a salir pese a la opinión en contra de los electrónicos. ¿Qué ha sido de ellos?

—Los he tenido que destrozar porque me han atacado sin avisar.

Los tres jóvenes suspiraron.

—Tal vez sea un bien para todos nosotros —respondió Sidney—. Temo que a última hora nos estaban engañando y que la guerra terminó hace bastante tiempo.

—Es más que seguro —intervino el joven moreno—. Tengo la convicción de que los electrónicos, en cuyas manos tuvimos que dejar la superficie unos y otros, han temido que, terminada la guerra y vueltos nosotros a la superficie, muchos de ellos quedarían arrumbados por innecesarios. Ha sido una espantosa lección para nosotros.

—¿Qué piensan hacer ahora? —interrogó el profesor Bronson, mostrándose compasivo.

—¿Qué cree que podemos hacer en las condiciones que está la superficie? ¿Cuándo podrá estar esto en condiciones de vida normal, si es que llega a estarlo alguna vez? ¿Con cuánta gente podremos contar? —interrogó Sidney.

—Demasiadas preguntas para responderlas de una *vez*. Ignoro la gente que pueda quedar en el interior del planeta, pero, sea lo que sea, no podrá salir a hacer vida en la superficie en lo menos seis u ocho

años. ¿Quiénes quedarán después de eso? Y tened en cuenta que pongo un plazo muy corto, porque quiero ser optimista. A mi juicio, lo mejor que podéis hacer es emigrar.

—¿Emigrar a alguno de los planetas habitados como, por ejemplo, Marte o el mismo Venus?

—No. Están tocados de los mismos vicios que en la Tierra. Crueles luchas, barbarie... El final de ellos será el mismo que el de la Tierra. Yo os ofrezco un buen sitio en Bonder.

—¿Bonder? —interrogaron a la vez los tres jóvenes.

—Sí —respondió Bronson con cierto aire de superioridad—. Es el planeta del cual procedo yo. No pertenece al sistema solar, aunque sí está dentro de la misma galaxia que él. Nos separa de él una gran distancia, pero a la velocidad que volaremos, el tiempo en el espacio no se siente pasar. Yo me he pasado una gran parte de mi vida en los espacios siderales, volando a velocidades que en otro tiempo me hubiesen resultado inconcebibles, y por eso apenas si el tiempo ha transcurrido para mí. Estoy casi igual que el día que salí de la Tierra, hace doscientos ocho años.

La joven volvió su cara en dirección al ascensor. Sentíase un tanto turbada al notar la ardiente mirada del profesor Bronson.

—¿Y nuestros conciudadanos? No podemos abandonarlos. Nosotros tres formamos el Consejo Rector, y sería una traición.

—¿No dijisteis que erais veintisiete en total? —interrogó Bronson.

—Así es.

—Pueden venir todos, aunque fuesen más —respondió Bronson.

—¿Podremos resistir la prueba después de estar tanto tiempo encerrados en los subterráneos?

—¿Por qué no? Piensen que en la aeronave sideral mejorarán sus condiciones de vida. Hasta lo considero conveniente para que se vayan acostumbrando al otro tipo de vida,

—Está bien, doctor Bronson —resolvió el joven Sidney—. Habremos de someterlo a la aprobación de nuestros conciudadanos. Veremos qué tal resisten la salida a la superficie.

—Exactamente igual que la han resistido ustedes —respondió el doctor—. ¿Tienen equipos adecuados para salir?

—Sí. Hemos quedado tan reducidos, que hay de sobra de todo.

El joven moreno se dirigió a la muchacha.

—Lidia. Acompaña tú a Sidney, por favor. Yo me quedaré aquí con el doctor Bronson.

Lidia saludó al doctor antes de despedirse, presentándose:

—Lidia Tsang, doctor Bronson.

—Encantado, señorita. Ascendencia china, ¿no es eso?

Se encogió la joven de hombros y respondió:

—Sí.

El joven rubio se presentó a su vez.

—Bartolomé Sidney, aunque la mayoría me llaman simplemente Bat.

—Roberto Howard —se presentó el moreno—. A mí, como es lógico, me llaman Bob.

Separáronse Lidia y Bat, y el doctor Bronson se dirigió a Howard:

—¿No siente curiosidad por conocer la aeronave que me ha traído desde tan lejos?

—Precisamente por eso me he quedado con usted. Y me iba a atrever a pedirle que me la mostrase.

—Pues nada más fácil que verla, porque no está muy lejos.

Y el profesor echó a nadar en dirección al lugar en que había quedado su aeronave.

CAPÍTULO II

Hacia el infinito

MIENTRAS el profesor Bronson explicaba al joven Howard las peculiaridades de la aeronave sideral que le había traído a la Tierra, alguna de cuyas características llenaron de asombro al joven, Bat Sidney y Lidia Tsan sometían a discusión el proyecto de emigración.

No se pusieron de acuerdo los habitantes de la ciudad subterránea, decidiendo entonces salir a la superficie, deseoso cada cual de comprobar personalmente el estado en que había quedado el exterior.

—¿No será una estratagema del individuo ese que dices para sacarnos de aquí y exterminarnos? ¿Quién asegura que no es un enemigo? —preguntó uno que no se terminaba de decidir.

—Escuchad y no perdamos tiempo. No es el momento de hablar, sino de actuar. Si permanecemos mucho tiempo aquí dentro, terminaremos por perecer todos. Aun siendo cierto lo que dices, preferiría morir luchando en la superficie a morir aquí como los topos. ¿Qué podemos esperar aquí? Además, Bob Howard está arriba con él, lo estará sondeando y cuidará de que no pueda traicionarnos.

—Además —abundó Lidia Tsang—, se le nota que desconoce nuestros actuales problemas. En la forma que habló, no hay ficción posible. Ese hombre salió de la Tierra hace doscientos ocho años y no ha vuelto hasta ahora.

—¡Doscientos ocho años! —exclamó uno—. ¡Eso es absurdo!

—¡Está bien! —decidió Sidney—. La terquedad de unos no va a ser la perdición de los otros. El que se quiera quedar, que se quede; el que no, ya puede ir disponiéndose a salir, colocándose un equipo de superficie. No están las cosas allá arriba como para arriesgarse a salir tal como estáis.

Cobraron miedo los reacios a quedarse solos y se decidieron a salir en compañía, de la mayoría de sus conciudadanos, y media hora más tarde se hallaban todos en la superficie.

A pesar de que tenían conocimiento del estado en que se hallaba la superficie por los documentos gráficos que les facilitaban los hombres electrónicos, no pudieron menos de sentirse vivamente impresionados al palpar la dura realidad.

La entrada a aquella ciudad subterránea había estado situada

entre bellos jardines y ahora no existían ni rastros de ellos. Estaba todo calcinado, destrozado, ofreciendo un aspecto desolador.

—Parece que es así como está toda la superficie de la Tierra —indicó Sidney a sus desolados conciudadanos.

—¿Quién nos puede asegurar eso? —preguntó uno.

—Imagino que en algún lugar quedarán máquinas voladoras. Se puede comprobar la cosa antes de lanzarnos a la aventura.

El profesor Bronson y Bob Howard regresaban en aquel momento de su visita a la aeronave. Escucharon ambos las frases de unos y otros, y Bronson intervino:

—Estoy dispuesto a que todos o un grupo que ustedes designen, vengan a mi aeronave. Nos lanzaremos al espacio y verán por sus propios ojos, hasta que se hallen totalmente convencidos, en qué condiciones ha quedado la Tierra, y me refiero al total. Ni aun los mares les podrían proporcionar alimento, según lo que he visto. La verdad es que, aun desconfiando de mis coterráneos, no había podido imaginar que llegasen a un tal estado de barbarie civilizada, valga la cosa, pues la verdad es que no sabría calificarla.

La agradable voz del profesor, lo que de él habían oído, predispuso a la gente a su favor. El aspecto de desolación de lo que tenían a la vista no podía tardar en decidirles.

—Yo considero que no estaría de más que reconociésemos la Tierra antes de abandonarla —sugirió uno.

—Ya he significado que estoy a vuestra disposición, —respondió el profesor. Y, añadió:

—Tengan en cuenta que pueden volver a ella dentro del tiempo que quieran. No tienen por qué abandonarla definitivamente. Yo he vuelto al cabo de doscientos ocho años. Pensaba ver a los descendientes de mis familiares y si me convenía, quedarme y si no, marcharme; pero creo que la elección no ofrece duda alguna. Ahora es seguro ya que no volveré.

—¡Basta de indecisiones! Aquí no hacemos nada —decidió uno de tantos echando a andar hacia la aeronave—. Podemos explorar la superficie de la Tierra, arrojar luego unas lagrimitas si es preciso y largarnos cuanto antes. ¿Imagináis lo que habremos de aguardar para que esto esté en condiciones de ser trabajado, de que podamos reconstruir nuestra vida? ¿Habéis medido la densidad de la radioactividad que existe en el ambiente? Yo lo estoy haciendo en este momento y el resultado es desolador.

—Es cierto. Vamos a la aeronave. Si decidimos marcharnos, podremos volver aquí a recoger nuestras cosas, ¿no es eso? —interrogó uno dirigiéndose a Bronson

—Sí. Aunque no es necesario que se lleven nada. En nuestra aeronave hay de todo lo que puedan necesitar. Hasta equipos similares

al que yo llevo, dispuestos para las presiones excesivas en unos casos o para la falta de presión en otros.

—Bien, pero hay cosas... —manifestó uno.

—Comprendo sus sentimentalismos porque yo mismo estoy en la Tierra por algo de ese tipo. Pueden llevarse recuerdos familiares, si bien deberé rogarles que no sean muy voluminosos y tampoco demasiados. Me abandono al criterio de ustedes en este sentido.

No se habló más.

Se dirigieron todos a la aeronave y momentos después quedaban acondicionados y enterados de la conducta que debían seguir. Añadió Bronson:

—Nosotros tenemos también servidores electrónicos, pero ni tienen figura de hombre ni les hemos querido dar la autonomía que ustedes les dieron. Se trató de ello en algún tiempo, pero inmediatamente comprendimos lo peligroso que podía resultar.

Brillaron los ojos del profesor Bronson de forma un tanto enigmática antes de dar las órdenes de despegue, una vez que se hubo situado ante el cuadro de mandos.

Se elevó la nave suavemente situándose a poco paralela al suelo, a no demasiada altura y Bronson se dirigió a sus pasajeros.

—A esta altura podrán observar por sus propios ojos, sin necesidad de aparatos. Estoy a las órdenes de ustedes para que puedan estar seguros de que, hasta el último rincón, debe estar inhabitable. En la guerra en que yo actué cuando era muchacho, del año 1939 al 45, el Ártico y el Antártico fueron respetados, pero en esta ocasión...

—Eso fue lo primero que sufrió la acción de la guerra en esta ocasión —le aclaró Bob Howard—. Inestimables fuentes de materias primas, había que borrar al enemigo de ellas...

—Y secaron las fuentes, ¿no es eso? —dijo el profesor con tono irónico—. Después lo han ido secando todo, hasta secar toda la Tierra y casi estoy convencido de que somos nosotros los únicos representantes de la humanidad, terrestre. ¿Creen ustedes que de no ser así no nos hubiesen atacado ya de uno u otro lugar?

Tenían que darle la razón al profesor. Llevaban recorrida una extensión considerable de terreno sin ser molestados.

—¿Y si nos atacasen, profesor? —interrogó Howard.

—La aeronave experimentaría unas sacudidas muy soportables porque todo está previsto e inmediatamente sus armas defensivas destrozarían el punto de donde el ataque hubiese partido, sin dejar huellas de seres animados ni electrónicos a menos que estuviesen bien resguardados bajo tierra. Algo similar de lo que ha sucedido con los electrónicos que se hallaban a la entrada de la ciudad de ustedes. ¿Eran muchos?

—Unos sesenta. Eran suficientes para todo el servicio.

Se encogió de hombros Bronson, significando con ello que le hubiese resultado igual que fuesen tres mil.

Instantes después se produjo una señal de alarma y la aeronave se elevó automáticamente.

No dio siquiera tiempo a que Bronson explicase:

—Nos atacan.

La aeronave experimentó una fuerte sacudida, pero se recobró pronto, continuó elevándose y Bronson, que no dejaba de observar una pantalla, explicó:

—Hombres electrónicos también. No se ve ni un solo ser humano.

No había terminado de hablar cuando aparecieron en las pantallas grandes nubes que señalaban el lugar de las explosiones.

Bronson se dirigió a sus pasajeros.

—Si deciden marchar, antes de hacerlo, volveremos a pasar por aquí a ver si quedan seres humanos. Trataremos de entrar en contacto con ellos por si quieren acompañarnos.

—¡Serán enemigos nuestros! —exclamó uno de los pasajeros.

—No lo crea —objetó Bronson—. Ellos estarán en condiciones similares a las vuestras y habrán desterrado forzosamente el rencor, el odio. A no ser por los electrónicos, estoy convencido de que hace mucho tiempo que hubieseis hecho las paces aunque os estaríais preparando ya para otra guerra.

Callaron todos y Bronson observó con acento humorístico:

—La verdad es que no creo que en Bonder, el planeta hacia el cual nos dirigimos, salgan ganando mucho conque vayáis allí porque no tardaréis en sembrar la discordia con vuestro especial concepto de la vida.

—Nos comprometemos a no hacerlo —dijo Howard.

—¡No, por favor, nada de promesas! —protestó Bronson—. Cuando existen promesas por medio, nos deleitamos los humanos demasiado en romperlas. Cada cual, después de la lección sufrida, que actúe con arreglo a su conciencia, pero que se atenga a las consecuencias.

No respondió nadie. Estaban absorbidos por la contemplación del panorama. Respondía a los últimos documentales gráficos que los hombres electrónicos les habían suministrado para convencerles de que no debían salir a superficie y a lo que el propio profesor Bronson les había dicho.

Se sintieron responsables de aquello, avergonzados del desastre que habían sido capaces de producir.

Contra lo que podían haber pensado, la alimentación que se les sirvió, no fue de tipo sintético, o al menos, ellos lo creyeron así.

Al cabo de unas horas, cuando se hubieron convencido de que la Tierra se hallaba toda en parecidas condiciones y cada cual había

decidido para sí que lo mejor era emigrar, volvieron al lugar donde habían sufrido el ataque y que correspondía a lo que había sido Asia, trataron de indagar si había seres humanos, pero hubieron de desistir pues nadie respondió a sus insistentes llamadas.

Aquello terminó de decidirles y tras volver a la ciudad donde había transcurrido la mayor parte de su vida para recoger cada cual algún recuerdo, emprendieron el vuelo definitivo, dándole su adiós a la Tierra.

* * *

Antes de salir de la Tierra el profesor Bronson había prometido un buen acomodo a todos una vez en Bonder y durante el viaje, llovieron las preguntas sobre el hombre, que hubo de responder resumiendo:

—Aquello no es exactamente como la Tierra aunque tiene bastante semejanza con ella en algunos aspectos. La civilización ha llegado a un alto grado de perfección como podrán apreciar por el aparato que tripulamos. Esto, como deben saber, no es una cosa que se improvisa.

—¿Y allí no hay guerras?

—No. Felizmente ha pasado para ellos esa época. De lo contrario, no estaría yo allí.

—¿Cómo fue el arribar usted allí?

—Yo pasé de la Tierra a Marte y sin desearlo me vi envuelto en una empresa guerrera por parte de los belicosos hombres de Marte. Luché por espacio de mucho tiempo, no sé cuánto, tripulando una aeronave sideral. Iba con los marcianos en ella y sólo sé que al final de terribles luchas en los espacios, de las que salimos libres de la desintegración por verdadero milagro, me vi solo en la aeronave. Todos mis compañeros habían muerto a pesar de mis atenciones por evitarlo. Debo decir que yo era el médico de a bordo.

—¿Qué sucedió entonces? —interrogó uno, impaciente.

—Yo no conocía demasiado bien la situación de la aeronave y ni tan siquiera era capaz de gobernar ésta y me dejé llevar. Yo también estaba herido aunque no gravemente a consecuencia de la última sacudida que habíamos sufrido. No puedo saber el tiempo que vagué errante por los espacios. En ocasiones divisé planetas y me alejé de ellos. Al fin no tuve más remedio que entregarme porque me iba quedando sin provisiones y fue el azar el que decidió que fuese Bonder el que me acogiera…

—¿Y no le ha pesado jamás haber llegado allí?

—Si me hubiese pesado, no volaríamos ahora en aquella dirección. Tened en cuenta que deben quedar colonias de hombres de la Tierra en algunos planetas como son Marte y Venus. Sin embargo,

no se me ha ocurrido poner la proa hacia allí.

—¿Podría hacerlo? —interrogó Lidia Tsang

—¿Y quién me lo podría impedir? —respondió el doctor.

—Los electrónicos de a bordo podía haber recibido órdenes en tal sentido antes de salir de Bonder.

—No niego que se podía haber producido tal cosa, pero conociéndolos, yo podría borrar tales órdenes y dar otras. Afortunadamente en Bonder no se ha querido llevar a los electrónicos a la perfección que se les ha llevado en la Tierra. Ellos dependerán siempre del hombre en Bonder.

—Vamos a envejecer en este larguísimo viaje —apuntó uno de los emigrantes en tono humorístico—. Creo que no debiéramos perder tiempo y que podríamos celebrar matrimonios y asegurar nuestra descendencia para cuando llegásemos allí.

—Por mí pueden hacer lo que gusten aunque no les aconsejo tal cosa. A la velocidad que volamos, ustedes, lo mismo que yo, apenas si notaremos el paso del tiempo. Después de nuestro largo viaje no llegará a dos años lo que habremos envejecido. ¿Por qué creen que me mantengo así con mis doscientos cincuenta y siete años terrestres?

—En realidad, aun no sabemos cómo se mantiene —apuntó una de las mujeres de la expedición, la cual, desde el primer momento, sentía curiosidad por ver la cara del profesor, quien la había mantenido protegida por la escafandra.

—Es cierto. En realidad, no tiene razón de ser que lleve puesta la escafandra, como tampoco ustedes la necesitan.

Vaciló antes de quitársela y se dirigió a sus compañeros de viaje;

—Advierto, en particular a las damas, que mis facciones no son demasiado agradables como pueden serlo la de sus jóvenes compañeros. Pero imagino que con el tiempo se acostumbrarán a ello y no lo echarán de ver.

Se quitó la escafandra el profesor Bronson y al quedar su rostro al descubierto, procuró mostrarlo con una leve sonrisa de expresión bondadosa y simpática a la vez.

—¿Y bien? —interrogó en tono humorístico.

—Debo reconocer que no es una belleza —respondió la misma mujer que había hablado antes— pero he visto rostros bastante más feos que el suyo. Después de escucharle pensé si sería horrible y no lo es, ni mucho menos.

—Gracias, hijita. Y volviendo a lo que ha motivado esta interrupción. Creo que emplearán mejor su tiempo completando su instrucción y procurando mejorar sus condiciones físicas. Aquí hay lugar para todo. Se irán conociendo mejor así en este viaje que se produce en unas condiciones de vida bastante más normales que las que han vivido hasta ahora y todo esto les servirá para algo. Tendrán

tiempo entonces de pensar en matrimonios y en descendencia, una vez instalados cómodamente…

Sonrió al terminar de hablar comprendiendo que sus palabras habían calado en los emigrantes.

* * *

Ningún incidente ni encuentro turbó la paz de los emigrantes en su largo viaje, bien empleado según las indicaciones de Bronson que, además, no cesó de plantearles problemas y de dirigir su instrucción.

Y llegó el momento en que el profesor señaló hacia una de las pantallas, haciendo que los expedicionarios centrasen su atención sobre un punto que había aparecido en ella.

—Ahí tenéis a Bonder que nos aguarda.

Todos los expedicionarios dirigieron sus miradas hacia el punto que señalaba el profesor y que insensiblemente iba aumentando de tamaño en la pantalla.

Y habló Lidia Tsang.

—Viéndonos, parece imposible que haga tanto tiempo que salimos de la Tierra. No hemos experimentado en realidad cambio alguno e incluso el tiempo, en el espacio, ha pasado por nosotros velozmente, sin que nos hayamos dado exacta cuenta de ello.

—Así es, jovencita —respondió Bronson, quien a continuación dio unas órdenes a los mandos electrónicos de la aeronave.

—Pero, ¿cree usted, profesor, que habrá sucedido lo mismo a los habitantes de Bonder? Es posible que no se acuerden de usted si es que queda alguno de ellos con vida.

—Sí quedan, jovencita. A fin de cuentas no he empleado en el viaje de ida y vuelta más que treinta años terrestres y los habitantes de Bonder no envejecen mucho en ese tiempo. Es una de las interesantes peculiaridades de esta nueva vida que os espera y que os ha de beneficiar bastante.

—¿Y el idioma de los habitantes de Bonder? Podíamos haber empleado algún tiempo en aprenderlo.

—¡Es cierto! —respondió el profesor—. No he pensado en ello siquiera, pero la verdad es que tampoco le he dado mucha importancia porque su idioma es bastante fácil de aprender y tiene más puntos de contacto de lo que se pudiera imaginar, con el nuestro.

Se suspendió la conversación pues la atracción de Bonder comenzaba a actuar sobre la aeronave y tal acción debía ser contrarrestada poniendo los motores en marcha.

—Una advertencia, jóvenes. Como la gravedad en Bonder es ligeramente menor que en la Tierra, necesitarán medir bien sus esfuerzos al principio, hasta que se habitúen.

Era de noche en la zona donde entraron en contacto con la corteza de Bonder y cuando los terrestres, provistos de escafandras por consejo de Bronson, y de sus armaduras de zirconio flexible, salieron de la aeronave, recibieron una impresión deprimente. El paisaje era árido, no existía la vegetación en todo lo que alcanzaba la vista.

—Apenas se puede ver —murmuró Howard.

Hacía un frío bastante intenso según pudieron comprobar en los termómetros. Afortunadamente para ellos, sus trajes les aislaban tanto del calor como del frío, manteniendo el cuerpo en una temperatura siempre igual, bastante agradable, con leves oscilaciones.

—Sin calor, sin luz, sin vegetación… —respondió Sidney—. No se nota la menor huella de alimañas. Temo que aquí no debe ser posible la vida.

—Antes de que ustedes lo sometiesen a destrucción, nuestro planeta era un mundo magnífico y sin embargo, cualquiera que hubiese descendido en el vasto desierto de Sahara o en los desiertos americanos, sin vegetación, sin vida, explotando de calor por el día, sufriendo un frío espantoso por la noche, hubiese podido pensar en lo mismo; y sin embargo, la vida latía vigorosa no demasiado lejos. Aquí sucede algo parecido, así es que no deben asombrarse.

CAPÍTULO III

De sorpresa en sorpresa

EL profesor Bronson hizo desembarcar los cuatro vehículos que iban en la aeronave y a los cuales llamó simplemente «anfibios» porque lo mismo se deslizaban veloces por tierra, que se metían en el agua y hasta podían salvar, en cortos vuelos que casi se podían calificar de saltos, barrancadas y otros obstáculos que se pudiesen presentar en su marcha y que de otra forma resultarían insalvables, obligando a grandes rodeos.

—Poseen un buen blindaje, del mismo metal de que está formada la armadura que visto —explicó el profesor.

Luego explicó a los expedicionarios cómo sé debían manejar las armas «defensivas» que poseían los carruajes.

—¿Para qué se quieren esas armas si aquí no se lucha? —interrogó Lidia.

—Aquí no hay guerras, hijita —respondió el profesor—. Pero la naturaleza se ha complacido en crear monstruos, formas de vida un tanto extrañas e inconcebibles para nosotros los terrestres. Es posible que hayan sido exterminadas, pero nosotros debemos prevenirnos.

Rápidamente explicó también el profesor el manejo de los «anfibios», añadiendo:

—Normalmente los dirigiré todos desde el mío pero ante un imprevisto cualquiera que me impidiese hacerlo, bueno es que conozcan ustedes su manejo que, como verán, es bien sencillo.

Se distribuyeron los emigrantes en los diversos «anfibios» y el profesor, que había instalado en el suyo a Lidia, Howard y Sidney, dio la orden de marcha, lanzándose delante.

Los carruajes habían sido equipados con proyectores de «luz negra» y Bronson, antes de dar la orden de partida, había distribuido entre todos los emigrantes gafas adecuadas.

—Pueden ponérselas debajo de las escafandras. Estas pueden quitárselas tranquilamente un momento, si bien no deben exponer demasiado tiempo sus órganos respiratorios a la intemperie. En otras zonas del planeta podrán hacerlo tranquilamente aunque también convendrá que se habitúen poco a poco.

Comenzó a desfilar el paisaje ante los terrestres, que escudriñaban lo que se iba presentando ante su vista, tensas todas sus facultades de

percepción, sacando fotografías de las cosas que consideraban de interés, pocas al principio en aquellos paisajes de desolación que resultaban impresionantes por su misma desnudez.

Todos los «anfibios» tenían conexión radiofónica con el vehículo en que iba Bronson, para poder escuchar sus órdenes o bien sus explicaciones y aparte de eso, llevaban micrófonos al exterior, los cuales recogían hasta los más leves sonidos, llevándolos a oídos de los expedicionarios.

No tardaron en divisar una corriente de agua bastante ancha, de cauce tortuoso que se señaló anteriormente por una vegetación que iba creciendo en abundancia a medida que se acercaban a sus orillas.

—¿Qué me dicen ahora? —interrogó Bronson.

—Esto es otra cosa —respondió Lidia—. ¿Por qué tomó tierra allí?

—Porque recibí órdenes de que lo hiciese así. Además, ese es uno de los puntos de aterrizaje. La aeronave no estará allí ya.

—¿Y nuestros recuerdos?

—En su momento los recibirán. No se preocupen. Aquí está todo mejor ordenado de lo que ustedes se imaginan.

—No nos dimos cuenta de cuando se recibieron las órdenes de aterrizaje.

—Sólo yo podía entender el mensaje. Era una orden telepática dada en el idioma de los «teotis». Se llaman así los habitantes de Bonder.

—¿Y por qué no «bonderitas»? —interrogó Lidia.

—¡No se les ocurra a ninguno decir tal cosa!

—¿Por qué causa?

—Cosas de tipo histórico. Ya las conocerán —respondió Bronson dando a entender por la forma en que respondió que no deseaba continuar hablando de aquello.

Y continuó con el tema anterior:

—Aparte de este modo de comunicación, «internos» tendrán ustedes, entre muchas, la sorpresa del modo de hablar de los dirigentes, en Bonder.

—Pues ¿cómo hablan?

—Ya lo oirán. No en balde he estado yo con ellos tantos años...

Por otra parte, Howard interrumpió el diálogo señalando hacia una planta de extrañas formas y bastante corpulencia, que crecía solitaria.

—¡Fíjese en aquello, profesor! —señaló un tanto excitado—. ¡Diríase que tienen movimiento!

Era una planta bastante recia en su base, un tanto panzuda y cuyo remate era una especie de flor de extraña forma y atractiva coloración, debajo de la cual, y a cierta distancia de ella, crecían unas raquíticas ramitas.

El profesor que dirigió la vista hacia donde señalaba Howard, respondió un tanto excitado.

—Lo malo es que lo tiene. Fíjese en esas poderosas raíces que emergen del seno de la tierra. Son sus pies. Esto quiere decir que no han podido exterminarlos y que no tiene nada de particular que suframos un ataque.

Aquellas palabras de Bronson hicieron que la planta, con sus dos metros y medio largo de altura, resultase aún más imponente a los ojos de los terrestres.

Todos vieron que las ramitas de la planta se movían, efectuando una frotación con su cuerpo, produciendo un cierto ruido que se escuchó perfectamente en el interior del vehículo.

El profesor dio más volumen al ruido al manipular en el amplificador del sonido y los chasquidos producidos por la frotación se pudieron apercibir con mayor precisión.

—Esa maldita es una espía y está comunicando ya con sus congéneres.

En el interior del vehículo se percibió el chocar de las ramitas con golpes precisos y estudiadas intermitencias, como podría hacerlo un aparato de telegrafía tipo Morse.

El profesor, sin abandonar el mando del vehículo, manipuló en una de las armas que llevaba éste asomando al exterior y disparó.

La planta, que se había inclinado curiosamente, pareció intuir el peligro e inició la huida en dirección de la corriente de aire, pero fue alcanzada por un rayo azulado y quedó desintegrada al instante..

Bronson no parecía impresionado en absoluto y explicó refiriéndose al arma que había empleado:

—El rayo podría ser en absoluto invisible pero siendo visible es más fácil corregir puntería caso de errar al primer golpe. Prepárense, porque no tendría nada de particular que sufriésemos un ataque en toda regla.

—Pero, ¿qué clase de ser es ese?

—No hemos podido saberlo exactamente. Tiene algo de ser humano, pero también de vegetal y como habrán visto por la dirección que tomaba en busca de refugio, es capaz de vivir en el agua como los peces.

Bronson se mostraba un tanto inquieto y advirtió a los ocupantes de los otros vehículos para que se dispusiesen a rechazar un ataque.

Bob Howard, por su parte, a una indicación del profesor, saltó de su asiento, dirigiéndose a la torreta giratoria del vehículo, donde se hallaba instalado un tubo emisor de rayos desintegradores.

—¿Es que en todo este tiempo no han sido capaces de exterminar a estos inquietos seres? ¡Cuidado, que nadie se exponga a la acción directa de esos bichos! ¡Procuren por todos los medios que no lleguen

hasta ninguno de los vehículos!

Habían comenzado a surgir plantas en gran número de la orilla del río si bien se mantenían a respetuosa distancia de los vehículos.

Pero una vez establecida la distancia, no perdían un solo metro, moviéndose con increíble rapidez, formando como una especie de barrera.

—¡Separémonos de la corriente de agua! —ordenó el profesor tomando ejemplo.

Pero ya por el frente se formaba también una barrera que se iba extendiendo por la parte de tierra, tratando de unir su extremo con la barrera que se formaba detrás, para completar así el cerco.

—¡Tratan de cercarnos!

Howard enfocó el emisor de rayos desintegradores y lanzó una primera emisión. Varias de las monstruosas plantas quedaron desintegradas instantáneamente y como si aquello fuese la señal de ataque, las restantes se precipitaron contra el vehículo que había disparado.

Howard hacía girar rápidamente su arma en la torreta, cubriendo el amplio frente que Bronson no podía alcanzar con sus armas delanteras y llegando así a mantenerlas a raya pese al valor suicida de que daban muestras.

Llegaron a sentirse contra la estructura del vehículo el repiquetear de una especie de proyectiles y el profesor explicó sin dejar de actuar:

—Tengan en cuenta que disparan una especie de dardos envenenados que son capaces de atravesar una coraza de metal corriente, así pues, ya saben que no deben exponerse inútilmente.

Un grupo de plantas habían logrado llegar hasta uno de los «anfibios», chocando con él.

Había sido un violento ataque de cuyo choque, el «anfibio» había salido rodando, quedando volcado. No satisfechos con tal resultado, los monstruos se volcaban sobre el vehículo, tratando de destrozarlo con sus golpes.

Howard señaló el incidente al profesor y corrieron en auxilio de los que se hallaban en tal peligro; y las plantas que se mostraban más encarnizadas, fueron desintegradas; no obstante, ellas, mostrándose sumamente furiosas, continuaron el acoso, trepando algunas de ellas al carruaje volcado. Howard tornó a pulsar el disparador, destrozándolas, continuando su acción hasta dejar libre una extensa faja en torno al vehículo.

Maniobraban los otros «anfibios» con pericia, tratando de evitar el acoso de las plantas y disparando sin cesar sus armas para no verse desbordados.

Lidia Tsang, con su máquina tomavistas, procuraba no perder los detalles más interesantes del impetuoso ataque de las plantas, tratando

de que en el «film» quedasen captados sus torpes movimientos de vaivén, con los cuales daban la sensación de estar buscando de una forma continua el equilibrio que parecía negárseles, comunicando a sus seres un mucho de grotescos.

Los ocupantes del «anfibio» volcado, al comprobar el claro que se había producido en torno a su vehículo, se apresuraron a abrirlo por el lateral que permanecía al aire y dos de ellos saltaron a tierra, dispuestos a que el carruaje ocupara cuanto antes su posición normal.

Otros se dispusieron a salir para ayudar a sus compañeros, pero retrocedieron al ver que los monstruos volvían a la carga más furiosas que nunca a la vista de lo que consideraron presa fácil.

Los dos terrestres, espalda con espalda, hubieron de darse prisa a disparar sus mortíferas cargas de rayos desintegradores, pero resultaron impotentes ante la avalancha que se les vino encima, desapareciendo bajo las patas de los furiosos monstruos.

Saltaron entonces los compañeros de equipo y a su vez Howard, que había estado un tanto apurado defendiendo a su carruaje del acoso, volvió a defender a sus compañeros, divisándolos en el preciso momento que desaparecían bajo la bestial carga de los monstruos.

Las que podían producir más daño fueron desintegradas inmediatamente y casi en el mismo momento se produjo un movimiento de vacilación en las restantes.

Se presentó entonces a los ojos de los emigrantes un espectáculo asombroso.

En el espacio acababan de aparecer un numeroso grupo de seres que tenían mucho de monstruoso. No se podía decir que fuesen pulpos voladores, aunque tenían un singular parecido con los cefalópodos conocidos en los mares de la Tierra.

La cabeza de tales seres, era grande, mayor acaso que la de un hombre de tipo normal y tenían gran parecido con la de los pulpos. Pero los seres que se hallaban a la vista de los inmigrantes, poseían un pequeño cuerpo de constitución parecida a la del hombre pero que resultaba ridículamente pequeño para lo que era la cabeza. Unidas al cuerpo tenían unas pequeñas piernas, que resultaban más ridículas aun por lo incipientes. Sin embargo, estaban dotados de dos pares de brazos muy semejantes a los de los pulpos. Los dos brazos superiores estaban dotados de manos rudimentarias, mientras que los inferiores, algo más pequeños, carecían de ella y se parecían bastante a los de los pulpos de los mares de la Tierra.

Pero lo más notable que poseían y que les permitía mantenerse en el aire, era una especie de globo natural, adosado a la espalda, que se hinchaba y deshinchaba a voluntad de sus poseedores, efectuando con ellos y con determinadas descargas de gases y movimientos de sus brazos inferiores, las maniobras necesarias para sus desplazamientos

en todos sentidos, que realizaban con extraordinaria rapidez.

Otro motivo de asombro para los terrestres fue ver que los hombres globo, como los calificaron mentalmente, llevaban en uno de sus brazos un escudo metálico con el que se protegían el cuerpo y la cabeza, especialmente, de los proyectiles que les lanzaban los monstruos vegetales. Y en el otro brazo superior llevaban una pistola que disparaba rayos desintegradores, la cual empleaban con singular acierto.

Los monstruos vegetales que con tanto valor habían atacado a los vehículos vacilaron tan pronto se vieron encima a sus nuevos enemigos, y aunque continuaron batiéndose mostrando una furia desesperada, lo hacían a tiempo que se retiraban en dirección al agua.

Pero los hombres globo, conocedores de que era tal el punto que tenían para su retirada, formaron precisamente su frente a lo largo del río, dispuestos a que no se les escapase ni una sola de las monstruosas plantas, cuyos dardos chocaban incesantemente en los escudos metálicos de sus enemigos.

Los hombres globo se enfurecían cada vez más y atacaban con verdadera saña. Algunos de ellos emitían una especie de musical trompeteo al ser alcanzados en algún brazo o pierna por los dardos de los monstruos vegetales. Otros, los menos, eran derribados al ser alcanzados en la parte que constituía el globo y éstos eran fieramente defendidos del ataque directo de los vegetales.

Los expedicionarios se dividieron en dos grupos siguiendo las órdenes de Howard, dadas de acuerdo con el doctor Bronson, y mientras una de las tripulaciones se dedicaba a proteger a los del «anfibio» caído, los otros dos vehículos se lanzaron contra sus atacantes, completando la labor de destrucción y acoso que realizaban los hombres globo desde el aire.

Llegaron a poco unos pequeños y veloces aviones que terminaron de destruir a los vegetales, de los cuales se salvaron muy pocos.

Los terrestres se pudieron ocupar todos de los dos hombres que habían sufrido el accidente. Uno de ellos tenía una pierna rota pese a la protección de la armadura metálica y se había desmayado. El otro no tenía lesión alguna y sí únicamente el susto.

El doctor reconoció rápidamente al herido y se dirigió a Howard, que le interrogaba con la mirada:

—Esto, aquí, no tiene importancia alguna.

Los expedicionarios se dieron cuenta de que una vez vencido el enemigo; quedó una pequeña guardia en aquel lugar para proteger a los heridos y que inmediatamente después llegaban por el aire dos grandes aparatos que se posaron en tierra suavemente y de los cuales, aunque moviéndose con cierta torpeza cuando se valían de sus piernas, descendían unos cuantos hombres globo.

El asombro de los terrestres fue enorme cuando pudieron apreciar que las piernas de los nuevos hombres globo, aunque pequeñas, eran más desarrolladas que las de los que habían visto combatir desde el aire, lo que les permitía ya valerse de ellas.

Bronson, presintiendo la pregunta que se hallaba latente en el ánimo de todos los emigrantes, respondió sencillamente:

—Están en un período más avanzado de su evolución.

Dio una orden y uno de los vehículos fue desalojado rápidamente, instalando en él al herido.

Se dirigió el profesor a Lidia Tsang, a Howard y a Sidney:

—¿Me acompañan? Mi gusto sería que pudieran presenciar todos los demás la cura de nuestro coterráneo, pero es imposible por falta de espacio. Ya tendrán ocasión más adelante de ver cosas similares.

—¿Ellos han de quedar aquí?

—Es sólo unos momentos y nosotros no vamos a alejarnos demasiado. Únicamente llegar hasta esos aviones hospitales en los cuales ya están trabajando en la cura de los heridos. Tengan en cuenta que únicamente actuando con tal rapidez esos «teotis» se podrán salvar, pues los dardos que lanzan los monstruos vegetales están envenenados.

—¿Ha dicho «teotis», doctor Bronson? Entonces, ¿son esos los habitantes «humanos» de Bonder?

—Exactamente. Pero por favor, no perdamos tiempo ahora en explicaciones. Su compañero está sufriendo y cuanto antes se le intervenga, antes cesará de sufrir y se podrá reintegrar a su sitio.

—¿Qué quiere decir? —interrogó Lidia.

—¿Ve esos «teotis» que salen del hospital e inmediatamente inician el vuelo? Es que salen totalmente curados ya. Vamos. Ustedes —añadió dirigiéndose a los restantes terrestres deben meterse en los «anfibios» y no salir de ellos. No corren en absoluto peligro alguno de que los «teotis» les puedan atacar; antes bien, si volviesen a ser atacados por los hombres plantas, los «teotis» les defenderían otra vez. Pero aunque es muy improbable que vuelvan los monstruos vegetales, conviene no arriesgarse inútilmente.

Obedecieron los terrestres, volviendo a los tres «anfibios» que quedaban con ellos, mientras el herido y los elegidos por Bronson, con éste, se dirigieron a una de las aeronaves hospital.

El doctor Bronson fue recibido en ella como si hubiese estado diez minutos antes.

No necesitó preguntar ni decir nada e inmediatamente pudo disponer de uno de los reducidos quirófanos en que se hallaba dividida la parte central de la aeronave.

El herido fue situado en la cama de operaciones con la ayuda de Sidney y Howard y tan pronto como le desposeyeron de armadura y

de la ropa fue sometido por el doctor Bronson a una inspección de rayos de luz «fría». A medida que actuaba el doctor iba explicando:

—Como verán, el instrumento translumina hasta las partes más profundas del organismo. Observen, poniéndose esas lentes adecuadas y sensibilizadas, cómo incluso se ve el interior de las venas y arterias, la parte interna de los músculos y hasta la medula de los huesos y cada cosa en su color natural. Observen ahora el torrente sanguíneo. Bastaría la adición de un microscopio —los hay adaptables a este aparato— para que pudiesen observar los diversos microorganismos que componen la sangre, así como las bacterias que producen las enfermedades, caso de que las hubiese. Observen ahora la lesión.

Pudieron ver perfectamente los terrestres la rotura del hueso, los astillamientos del mismo, la acumulación de sangre coagulada en el lugar donde el terrestre había recibido el golpe, la tumefacción de los músculos.

No estaban acostumbrados ninguno de los tres terrestres a ver cosas de aquel tipo con toda aquella terrible naturalidad y por el momento hubieron de apartar la vista a tiempo que sentían náuseas.

Bronson les observó un instante y continuó:

—Cuando yo les indique vuelvan a mirar. Quiero que se den perfecta cuenta de cómo tratamos en Bonder estas cosas. No sé hasta qué punto habrán progresado en nuestra Tierra, pero dudo que hayan llegado a la perfección que aquí.

Bronson dejó situado adecuadamente el proyector de rayos de luz «fría» y requirió otro aparato que también tenía conexión.

—Esto, en combinación con otros rayos, reemplaza el bisturí del cirujano. Son ultrasonidos. Según las intensidades que se les den, pueden lo mismo romper una varilla de acero que desgastar un diamante, derribar una muralla o, como en este caso, volver la sangre coagulada a su estado normal y que sea reabsorbida por los tejidos para volver a las arterias…

A medida que hablaba el doctor se iba realizando lo que decía y los músculos afectados por el golpe quedaron totalmente limpios.

Con suma facilidad colocó luego al lesionado en forma más conveniente hasta que los huesos rotos quedaron encajados perfectamente y continuó su trabajo con los mismos rayos, los cuales dejaba algunos instantes para aplicar los ultravioleta y otros de tipo desconocido para los tres asombrados terrestres, quienes vieron cómo los huesos rotos se iban soldando hasta no quedar la menor huella de rotura.

Descansó el doctor y se dirigió a los tres jóvenes.

—¿Qué les ha parecido?

—¡Ha sido algo maravilloso! —respondió Lidia Tsang.

—Pues el mérito no es mío. Yo me lo encontré casi todo hecho —

respondió Bronson—. Yo únicamente he intervenido para perfeccionar algunas cosas, no demasiadas.

—¿Y todo esto es obra de esos seres? —preguntó la curiosa Lidia —. ¿De los «teotis»?

—Ya irán conociendo todo eso —respondió Bronson sin dar una respuesta categórica a la pregunta de la joven.

Volvió a manipular el aparato de los rayos de luz «fría» para asegurarse que la soldadura del hueso estaba bien lograda en todas sus partes y hasta la medula del mismo.

Dio entonces un estimulante al joven lesionado y ordenó:

—¡Vamos, arriba! ¡Ya estás en condiciones de volver a enfrentarte con los monstruos vegetales, aunque te recomiendo que en lo sucesivo seas más cauto. Para oponernos a la bestia tenemos el cerebro por encima de todo, ¿estamos de acuerdo?

Dio una cariñosa palmada en la espalda al joven y le animó:

—¡Pisa sin temor alguno! Eso ha quedado como si no hubieses sufrido accidente alguno. Salta, corre tranquilamente. Estoy por decirte que la pierna volverá a romperse por cualquier parte menos por la soldadura que te he practicado.

Salieron del hospital y volvieron a ocupar el «anfibio», marchando a reunirse con los otros emigrantes.

CAPÍTULO IV

Ante el monstruo

DEJARON pronto atrás los terrenos áridos, penetrando los vehículos en una magnífica pista, una vez en la cual el profesor Bronson abandonó los mandos del «anfibio».

—¿Qué sucede ahora? —interrogó Lidia siempre curiosa.

—Nada de particular. Nos conducen por telepatía.

Howard y Sidney observaron una pequeña pantalla situada entre los mandos del «anfibio» en la que, desde hacía un buen rato, se producían continuamente una serie de puntos luminosos de diversos colores que volvían a desaparecer rápidamente.

No dijeron nada los dos terrestres, aunque comenzaron a sentirse un tanto inquietos por las faltas de concreción que demostraban las respuestas de Bronson tan pronto como se tocaban problemas referentes a los «teotis». ¿Cómo era posible que aquellos extraños seres pudiesen ser los realizadores de aquellas conquistas científicas?

Apenas hacía un minuto que se habían iniciado tales pensamientos en las mentes de los dos terrestres cuando Bronson se dirigió a ellos.

—Les extraña que los «teotis» puedan ser los realizadores de estas conquistas científicas, ¿no es eso? Están ustedes inquietos por mi falta de concreción al responder a algunas de sus preguntas.

Los dos hombres se contemplaron asombrados, sin comprender cómo Bronson les había adivinado el pensamiento.

El extraño personaje continuó:

—No les extrañe que conozca sus pensamientos. No he sido yo quien los ha adivinado. Los «teotis» son telépatas por naturaleza y son ellos los que han descubierto esos pensamientos y luego se han apresurado a comunicármelos —añadió el doctor señalando hacia la pantalla de puntos luminosos.

Se miraron los dos jóvenes y se sintieron asustados. Así, pues, ¿no les era dable pensar sin correr el riesgo de que sus pensamientos fuesen conocidos inmediatamente por los «teotis»? Es decir, ¿sus cerebros iban a estar controlados?

Howard no quiso aguantarse y manifestó su pensamiento, que por otra parte Bronson no tardaría en conocer, en voz alta.

—¿Quiere decir que nuestros cerebros van a estar controlados por

los «teotis»?

—Es algo inevitable —respondió Bronson tranquilamente—, pero que no les debe inquietar. Entre ellos sucede lo mismo y nunca pasa nada. Lo único es que la gente se educa, acostumbrándose a no pensar inconveniencias, en particular en cuanto a los demás se refieren. Las malas intenciones aquí son prontamente conocidas y la criminalidad no puede existir.

—Bien —respondió Howard un tanto fastidiado—. Pondremos nuestros cerebros «en blanco» y los acostumbraremos a pensar únicamente en cosas agradables.

—Será una buena costumbre, y quien la practique se beneficiará en todos los órdenes, desde el moral al físico —respondió Bronson con aparente sencillez.

Lidia conocía sobradamente el temperamento impulsivo de Bob Howard, lo inconveniente que podría resultar el que le diese rienda suelta y desvió la conversación, interrogando a Bronson.

—Hay una cosa que no entiendo, doctor Bronson.

—Dígame, señorita Tsang.

—¿Por qué poseyendo los «teotis» esos magníficos aviones se han lanzado ellos a la lucha contra los monstruos vegetales, con la simple protección de un escudo que les cubría apenas la cabeza y el cuerpo, como lo demuestra el hecho de que han tenido bastantes bajas?

Lidia creyó así obligar a hablar al profesor, pero éste se encogió de hombros como sin necesidad de la telepatía hubiese adivinado los pensamientos de la muchacha.

—Los jóvenes «teotis» tienen también su sentido deportivo de la vida y se les permite que lo ejerzan. Aparte de eso, a no ser por su rápida aparición, nosotros lo hubiésemos pasado bastante peor hasta que hubiesen llegado los aviones, que seguramente se hubieron de desplazar desde bastante distancia.

Se agolpaban las preguntas en las mentes de todos los emigrantes y Bronson trató de tranquilizarles con su sonrisa y sus palabras.

—Más que responder a las preguntas que bullen en esos cerebros deseo que juzguen por sí mismos. La palabra no siempre se puede ajustar a la realidad.

Tres de ustedes han visto por sus propios ojos una cosa que les ha maravillado. Pues bien, prefiero que todo se vaya descubriendo para ustedes de la misma forma, que sean, ustedes quienes lo vayan descubriendo. Entonces, si necesitan una explicación, una aclaración, me tendrán siempre a su lado para dársela.

Al terminar de hablar indicó con el ademán el exterior, para que mirasen y pudiesen ir juzgando.

Entre bellos jardines vieron surgir una magnífica ciudad de líneas audaces y que en la Tierra, aun en el año 2177, se hubiese

considerado ultramoderna. Los jardines estaban maravillosamente cuidados y se adivinaba que los edificios estaban dotados de todos los elementos necesarios para que la vida en ellos resultase confortable hasta el extremo máximo.

El aspecto de los edificios era impecable, igual que el de los jardines. Sin embargo, en toda la ciudad no se veía un solo ser. Las calles, lo mismo que los edificios y los jardines, se hallaban totalmente desiertas.

Pasaron luego relativamente cerca de una zona industrial. No era difícil adivinar por la estructura y disposición de los edificios que se trataba de fábricas.

No vieron a nadie en torno a ellas, pero, sin embargo, pudieron darse cuenta de que se hallaban en pleno funcionamiento.

Todo aquello les sugería a los terrestres una serie de pensamientos, pero con el precedente que ya tenían, se esforzaban en borrarlos tan pronto como apuntaban en sus mentes, abandonándose cada cual por su cuenta a la contemplación de todo aquello.

Rebasada la zona industrial entraron en otra donde se podía apreciar el impulso que había recibido la agricultura y al fin se encontraron los terrestres a la entrada de un frondoso parque al fondo del cual, en una amplia explanada, se divisaba un magnífico palacio compuesto de varios cuerpos.

Allí les fue dable ya a los terrestres ver seres animados. Eran «teotis» que, aunque torpemente, podían servirse de sus piernas.

Los emigrantes terrestres se libraron de hacer comentario alguno. Si afloró a sus mentes algún pensamiento burlón, lo eliminaron rápidamente, temerosos de ser descubiertos y castigados.

A una indicación de Bronson se apearon todos, y cuando se hallaron reunidos, les anunció el doctor.

—Vais a ser recibidos por Karten, rey de los «teotis». Es un ser complaciente, benévolo y con un sentido democrático de la vida. Seguramente en esta primera entrevista con él se decidirá vuestro futuro en Bonder, Así, pues, cada cual, con arreglo a sus aficiones o a su profesión, debe pedirle un lugar de trabajo y unas condiciones de vida. Estoy seguro de que él accederá, siempre que no tratéis de abusar, naturalmente, y lo que se le pida vaya también de acuerdo, aunque no sea más que en un mínimo, con sus necesidades.

—Y si no deseásemos quedarnos en Bonder, ¿seríamos devueltos a la Tierra? —interrogó Bob Howard.

—No creo que hubiese inconveniente alguno. Pero ¿por qué no habíais de quedaros? Aquí os lo encontraréis todo hecho. No tendréis más que poneros a trabajar una jornada de tipo normal, que no resultará dura y no careceréis de nada que podáis apetecer. ¿Podríais tener lo mismo si volvieseis a la Tierra?

—No. Pero tendríamos la libertad de poder pensar.

—Y aquí también la tenéis. Nadie os impedirá pensar. Lo que no debéis hacer es pensar mal. ¿Queréis decirme de qué os sirve en la Tierra poder pensar en bien y en mal? Que apenas traíais de poner en ejecución los pensamientos que son considerados malos, se os aplasta. Esto, aquí, se evita, porque todo el mundo sabe que no debe pensar mal.

—A pesar de ello… —dijo Sidney, al que estas afirmaciones le parecieron diabólicas.

—Bien. Yo he pedido hospitalidad para vosotros a Karten. Seréis presentados a él y podréis orientar vuestro futuro en el sentido que os plazca. Queda a vuestra voluntad y no porque yo me desentienda. Siempre me tendréis por si necesitáis un consejo, una orientación…

—¿Podemos pedir el marcharnos?

—¿Y por qué no?

—¿Nos lo concederían?

—Mientras no atentéis contra las leyes que rigen en Bonder, sois libres, y no creo que haya inconveniente alguno en que salgáis hacia otro sitio en la primera coyuntura favorable.

Bronson echó a andar ágilmente delante, haciendo comprender a los emigrantes que debían seguirle y no hostigarle más con sus preguntas.

Siguieron los terrestres a Bronson, el cual subió rápidamente una amplia escalinata de un material verde claro, de maravillosa transparencia, en el cual casi daba pena pisar.

Penetraron en un recibidor amplísimo, construido en materiales tan preciosos como la escalinata, llegando a constituir el asombro de los terrestres.

Algunos «teotis» bajaban trabajosamente por otras escaleras que conducían a un piso, pero Bronson subió a una ancha cinta, indicando a los expedicionarios que debían imitarle y explicó;

—Las escaleras deben ser usadas por los «teotis» como una obligación, pero nosotros podemos emplear estos procedimientos mecánicos. Ellos tienen la obligación de ejercitar esos miembros incipientes que si hoy pueden parecer ridículos e insuficientes, llegará el día en que no lo serán.

La escalera se vio bastante frecuentada en unos momentos y los expedicionarios se sintieron objeto de la curiosidad de los «teotis», que les contemplaron de forma un tanto insistente.

Una vez en el piso, se encontraron ante una gran puerta corrediza que en aquel momento se hallaba cerrada.

Bronson pareció abstraerse unos momentos de forma algo extraña, contemplando una pequeña pantalla situada sobre el dintel de la puerta. Comenzó a abrirse ésta lentamente, y el hombre, cuyo

comportamiento extrañaba cada vez más a sus coterráneos, volvió en sí.

—Vamos adelante, amigos. El rey nos espera.

Al abrirse la puerta, escucharon los terrestres una risa extraña para ellos, aunque no resultaba desagradable.

Atravesaron una vasta antecámara al otro extremo de la cual se abría otra puerta corrediza y cuando entraron en la cámara escucharon la risa que ya antes oían, con bastante más claridad.

Lo primero que vieron descollando sobre todos fue una extraña figura, que era la que reía y que se hallaba de espaldas a la puerta. Le rodeaban un buen número de «teotis», todos los cuales rieron como respondiendo al que descollaba sobre ellos.

El más alto decía en el momento de entrar los terrestres:

—Diréis lo que queráis, pero os aseguro que estas piernas no me agradan en absoluto.

Se extrañaron vivamente los terrestres al notar que el ser aquel hablaba en inglés, con casi tanta corrección como podían hablarlo ellos, si bien su forma de pronunciar recordaba algo a la del loro. Pero recordaron lo que les dijo Bronson antes de llegar. Debió ser él quien les instruyera.

Se volvió el que hablaba al entrar los terrestres, quienes pudieron entonces apreciarlo más exactamente. Se trataba de un «teoti» que descollaba de los demás gracias a sus piernas, precisamente a aquellas piernas a las cuales estaba criticando, y que se diferenciaban de las que tenían los que le rodeaban en que eran de talla normal en un hombre bien constituido, si bien estaban ostensiblemente arqueadas y, además, tenían un color azul bastante brillante, que resultaba sumamente extraño para los terrestres verlo en unas piernas humanas.

—¡Hola, hola! ¡Al fin ha llegado nuestro gran Bronson! Llegas a tiempo, buen amigo. Dime, ¿qué te parecen mis piernas?

—Me parece que no son dignas de ti, mi buen Karten —respondió Bronson sonriendo.

—¡Ah, ah! ¡Tú eres hombre que lo entiendes! Has visto mucho más que todos nosotros y tienes un claro sentido de la estética porque también sufres. Tu opinión me parece buena, porque, además, está de acuerdo con la mía y sé que eres sincero que no tratas de adularme. Pero has tardado mucho, mi buen amigo, tal vez demasiado y he temido que no te volvería a ver.

—¿Cómo podías imaginar tal cosa de mí? ¿No he sido siempre fiel a mis promesas? He empleado el tiempo preciso en ir y volver. Hemos viajado al límite máximo de la velocidad. No podíamos exponernos, por venir más aprisa, a convertirnos en una masa gaseosa que hubiese quedado flotando en el espacio.

—¡No! ¡Eso de ninguna manera! Y bien, ¿son estos tus

coterráneos?

—Exactamente, mi buen rey Karten. Ellos son.

—Tienen buenas y envidiables piernas, ¿no es eso? —dijo Karten contemplando con deleite las piernas de los terrestres, cuya altura y formas se adivinaban gracias al ceñido traje metálico.

—Así es, buen Karten. Habrás visto que no he exagerado

—No. No has exagerado y estoy contento contigo. Y sus cuerpos también son hermosos, como no había visto otros jamás, ni aun en la última expedición que ha llegado, donde hay cosas realmente notables, como no tardarás en comprobar tú mismo. Tienes a tu disposición un magnífico material para trabajar y poder realizar nuestros sueños.

Los terrestres escuchaban la conversación entre Bronson y el monstruoso Karten, sin querer pensar por miedo a que sus pensamientos fuesen captados inmediatamente por los avisados «teotis».

Les bastaba a los terrestres abandonarse a su instinto para darse cuenta de que corrían un peligro inmenso, de que Bronson los había traído engañados y los había vendido.

Tenían las armas en la mano y podían defenderse si actuaban por sorpresa, y el impulsivo Howard, sabiendo que los demás le seguirían, fue el primero en actuar con extraordinaria rapidez y levantó sus armas dispuesto a destrozar a Bronson y a Karten al mismo tiempo, pues se hallaban casi en la misma línea de tiro

Tenía la seguridad de que, al menos aquellos dos monstruos, pues de monstruo tildó también a Bronson, no tendrían escape.

Pero antes de terminar el movimiento se sintió silenciosamente apresado por la espalda.

Un par de brazos sumamente flexibles sé le ciñeron a los suyos y pese al considerable esfuerzo que realizó le obligó a ponerlos a la espalda. Se volvió con expresión desolada hacia sus compañeros y pudo ver que todos se hallaban en la misma situación que él, incluso las mujeres.

Tras ellos, sin que se diesen cuenta, habían entrado un número bastante considerable de «teotis» voladores y los habían sujetado en un instante con sus brazos inferiores provistos de tentáculos.

Se había hecho un silencio impresionante que fue rote por el propio Karten al dirigirse a Bronson.

—¡Han intentado atentar contra mi majestad y en contra tuya, que eres mi mejor amigo! ¡No lo han dicho, pero lo han demostrado con su violencia y lo he podido leer, además, en el pensamiento de todos!

Bronson se volvió hacia sus coterráneos, fingiendo dolor y asombro.

—Pero ¿es que os habéis vuelto locos? ¿Creéis que es la forma más adecuada de comportarse con el rey de un país que os ha brindado hospitalidad, cuando no se os ha molestado lo más mínimo y, por el contrario, bastantes de sus habitantes han luchado por defender vuestras vidas del ataque de los monstruos vegetales?

—¡Tú sí que eres un monstruo de hipocresía y de maldad! —le escupió Howard a Bronson despectivamente—. ¡Nos has vendido!

—¿Qué quiere decir? —interrogó Karten—. ¿Acaso los has traído aquí por la fuerza o con engaños?

—Nada de fuerza ni de engaños. Tú ya me conoces —respondió Bronson hipócritamente.

—Sabiendo que eran cosa tuya pensaba destinarlos a puestos destacados de dirección en la industria, en el campo, donde hubiesen querido; pero así, no habrá nada de eso. Tenías razón. Son mala semilla. Violentos, suspicaces. Comprendo perfectamente que no hayas podido convivir entre ellos en vuestra Tierra.

—Lo siento, Karten. Creí que después del desastre que han sufrido estarían un tanto corregidos, pero, como verás, me había engañado.

—Sé que no es tuya la culpa. No debes preocuparte. Continúas teniendo en mi estimación el mismo lugar u otro superior aún. En cuanto a ellos, serán castigados como merecen.

—Si es que piensas castigar a todos por culpa mía, ten en cuenta que soy yo el único que merece la muerte —respondió Howard—. He sido yo quien, con mi acción, les ha incitado a luchar.

—¿Quién habla de muertes? —respondió Karten—. Aquí no matamos en el sentido estricto de la palabra. En cuanto a lo que dices, todos tenéis la misma culpa; habéis pensado todos lo mismo y os asombraría oírlo, pues ha quedado reproducido vuestro pensamiento, uno por uno. Sé que no podéis imaginarlo, pues vuestras violentas costumbres nos demuestran que en la Tierra estáis aún muy atrasados.

—Dejad tranquilas por lo menos a nuestras mujeres —dijo Howard.

—Es inútil. El castigo que recibiréis no es ya por lo que habéis hecho, sino por lo que haríais una vez estuvieseis libres. Tenía razón Bronson cuando me decía que los terrestres no tenéis solución, que sois lo mismo que las belicosas gentes de Marte.

—¿Puedo saber cuál va a ser nuestra suerte?

—No temas. Solamente morirán vuestros cerebros. Todo lo demás vivirá en nosotros los «teotis». Vuestros magníficos miembros, sobre todo, serán bien aprovechados.

Uno de los. «teotis» que rodeaban al rey y que debía ser hembra a juzgar por los adornos que llevaba, señaló para Lidia Tsang y dijo:

—A mí me gusta ella.

Era una voz de cotorra bastante más fina que la de Karten.

Bronson se estremeció al escucharla, pero temeroso de que sus pensamientos fuesen controlados, mantuvo su cerebro «en blanco».

CAPÍTULO V

El monstruo ríe

RIÓ Karten con risa suave, semejante a la que ya le habían escuchado los terrestres al entrar, e hizo un leve movimiento con una de sus manos, que tenía más desarrolladas que los restantes «teotis».

Los prisioneros se habían visto obligados a soltar sus armas y se sintieron arrastrados por los «teotis».

Poseían éstos una fuerza extraordinaria, y cuando alguno de los terrestres intentó resistirse, notó que la presión de los brazos de aquellos monstruosos seres se hacía sentir dolorosamente, pese a la protección de las armaduras metálicas. Eran brazos prensiles, como los del pulpo, que les retorcían dolorosamente los miembros al menor conato de resistencia.

—Será mejor que no os resistáis —aconsejó Bronson—. Pueden haceros pasar por el dolor de romperos uno de esos preciosos brazos, y ya sabéis lo que cuesta de arreglar aquí una vez se necesiten. Además, sería precipitar las cosas sin necesidad alguna.

—Gracias por tu paternal consejo, maldito traidor —respondió Sidney, que hasta el momento había permanecido callado—. Fue una lástima no destrozarte durante el viaje, según pensé un par de veces, cuando noté que esquivabas hablar de determinados asuntos.

—No creo que hubieses logrado nada, a pesar de lo que imaginas —fue la respuesta de Bronson—. Si sois buenos chicos y os dejáis conducir, vais a tener la dicha de conservar vuestra libertad de movimientos, que no es poco.

Cesaron los hombres de la Tierra en su inútil resistencia y notaron inmediatamente que la presión de los brazos de sus enemigos se aflojaba, hasta que llegaron a soltarse por completo.

Uno de aquellos monstruos, volando a escasa altura, se puso en cabeza del grupo y les hizo indicación de que les siguieran.

En aquella ocasión hubieron de bajar por una especie de tobogán, que les condujo rápidamente hasta unos sótanos mal iluminados, aunque bien ventilados.

Los «teotis» se habían quedado donde se iniciaba el tobogán, y al primer momento pensaron los terrestres que se hallaban solos, pero no tardaron en darse cuenta de que eran vigilados, si bien no podían ver a sus vigilantes.

Se escuchaban raros murmullos, y a pesar de la ventilación, se dieron cuenta de la presencia de otros seres por los olores que emanaban.

Vieron toda una serie de puertas a ambos lados de un amplio y no muy largo pasillo, y pensaron, que alguna de ellas les estaría destinada.

Una voz les ordenó que se situasen a la entrada del pasillo y se sintieron arrastrados a bastante velocidad por una cinta sin fin que se detuvo al final, abriéndose la puerta del fondo, que daba entrada a un calabozo de vastas dimensiones.

Comprendieron que, por aquel momento, era tal su destino, y penetraron en él dócilmente.

El primero en hablar fue Howard, una vez que la puerta se hubo cerrado a sus espaldas.

—Cree que es inútil que nos lamentemos. Me siento culpable de que nos encontremos en esta situación lo sé.

Una de las mujeres que formaban la expedición se dirigió a él.

—No eres culpable en absoluto. Todos deseamos venir al comprobar el estado en que había quedado la Tierra. Ninguno de nosotros podía imaginar tanta maldad en un hombre. Nosotros no le habíamos hecho mal alguno y él no tenía motivo alguno tampoco para querernos mal.

—¿Quién sabe? Es un enfermo. Su fealdad física le ha hecho sentir el complejo de inferioridad entre nosotros y seguramente nos odia.

Intervino Lidia Tsang:

—Pero en su misma culpa llevará el castigo. Comprendí desde el primer momento en la Tierra que se había enamorado de mí; pese a sus dotes de disimulo no ha podido disimularlo demasiado durante todo el viaje hasta el extremo de que muchos de vosotros os habréis dado cuenta.

Afirmaron con la cabeza, en particular las mujeres.

—Y habrá de pasar por el dolor de ver que seré una más en caer.

—¿Quién sabe? —interrogó Howard—. Es posible que en gracia a su servicio lleguen a perdonarte la vida

—De todas formas, no me tendría jamás y si fuese preciso, yo misma me quitaría la vida ante sus narices...

Lidia, al hablar, dirigió una mirada apasionada a Howard, como ofreciéndole su vida, haciendo sentir al joven, en medio de la felicidad porque veía su amor correspondido, todo el dolor de su inmensa desgracia.

—Está bien, muchachos. Todos os habréis dado cuenta de cuál será nuestro final, ¿no es eso? Pues bien, deberemos realizar un esfuerzo y caer dignamente y ojalá nuestros miembros, cuando usen

de ellos, sean capaces de vengarnos.

Los terrestres contemplaron a Howard con expresión de horror. Hubiesen preferido no pensar en la suerte que les estaba reservada, pero no podían sustraerse a tan tristes pensamientos.

Habló entonces Sidney:

—Muchos de vosotros os amáis aunque no os habéis dicho nada. Creo que deberéis aprovechar el tiempo que os queda y así pasará para vosotros de una forma menos terrible.

Se contemplaron algunos de los terrestres, comprendiendo que el rubio Bat tenía razón y lentamente fueron formándose parejas que se separaban y cogidos de las manos, sentados en un rincón, iniciaban el idilio sin querer pensar en el tiempo perdido.

Una joven, al cabo del rato, se acercó a Sidney que había quedado solo.

—Yo sé que no soy tu preferida. Pero ella no vendrá a tu lado y yo no quiero que estés solo...

—¿Conoces mi secreto, Mirian?

—Sí. Pero esos secretos no pueden permanecer escondidos para todos...

Sonrió Sidney, acariciando la mano que la muchacha le tendía, pero su sonrisa fue quebrada por un alarido espantoso que se escuchó a la otra parte del pasillo.

Fue un grito estremecedor, infrahumano, al cual respondió la risa de loco de Karten, una risa que en aquella ocasión se prolongó durante unos minutos.

Los terrestres se levantaron estremecidos, con el pensamiento puesto en el monstruo y en los proyectos que había esbozado con respecto a ellos.

La risa de Karten, después de estar suspendida por unos minutos, volvió a producirse haciendo sentir a los terrestres una terrible inquietud.

* * *

Cuando los inmigrantes hubieron desaparecido de la vista de Karten, éste, sin dejar de reír, se dirigió a Bronson.

—¿Qué te parece, Bronson? La princesa Taora ha escogido muy pronto. Se ha fijado inmediatamente en esa bella terrícola. Seguramente ha soñado un montón de veces en ser algo así. ¡Las hembras son terribles en todas las especies y en todas las razas!

Rió Bronson aunque no de muy buena gana y respondió:

—Supongo que a nuestra magnífica princesa Taora le será lo mismo poseer las piernas de Lidia Tsang como la de otra cualquiera de las hermosas terrestres que he traído con tal de que sean tan lindas

como la de aquélla.

—¡Oh! ¡Amigo Bronson! Las cosas han variado bastante en todo ese tiempo que has estado fuera. No podía imaginar yo que esa Tierra estuviese tan lejos. Han venido algunas remesas de gentes, se han realizado muchos experimentos de trasplante, se ha evolucionado, se han inventado nuevas cosas. Será necesario que te instruyas en las nuevas técnicas que está experimentando ese viejo diablo de Sweit, tu idolatrado maestro.

—¿Qué ha hecho?

—Sencillamente, Bronson, ahora no se trata ya de trasplante de miembros simplemente y tal es el motivo de que la princesa Taora se haya sentido tan vivamente impresionada por la presencia de ese bella terrestre y se haya encaprichado de ella.

—¿Qué quiere decir todo eso, buen Karten? —interrogó Bronson alarmado.

—¿Tu superior inteligencia no lo ha comprendido ya? Se trata del trasplante de personalidad de un cuerpo a otro. De lo que no estoy convencido es que tal cosa sea ni medianamente política. ¿Cómo imaginas tú que los restantes «teotis» recibirán el hecho de que su princesa, su rey, tomaban la forma de uno de esos terrestres, por muy hermosos que éstos fuesen?

—Es casi seguro que se sentirían despreciados en su forma actual. Ya sabes que hemos discutido el problema otras veces y hemos acabado por convenir que lo interesante es seguir con nuestra política de trasplantes, ya iniciada hace algunas generaciones con éxito y dejar el resto a la evolución.

—Sí, estamos de acuerdo. Pero el camino es muy largo, amigo mío. Las princesas se impacientan, yo mismo…

—Bien. ¿Has pensado que en un trasplante de personalidad al cuerpo de uno cualquiera de los terrestres, tu vida se acortará enormemente? Ellos tienen una vida media de ochenta años vuestros. Vosotros alcanzáis una media de cuatrocientos años y sabes perfectamente que hay quien llega a los seiscientos mientras que en la Tierra es una excepción el que llega a los ciento cincuenta.

—A pesar de ello. Ten en cuenta que al trasplantar la personalidad, el cuerpo se vigorizará un tanto, que el medio ambiente de Bonder nuestros conocimientos pueden hacer que el cuerpo de cualquiera de esos terrestres pueda servir más de doscientos años y que a fin de cuentas, siempre estamos a tiempo de realizar otro trasplante cuando se vea que el cuerpo está agotado, que comienza a decaer.

—Es cierto.

—Sweit ha previsto todo eso. Además, yo ando ya por los doscientos cincuenta y no creo perder mucho si paso a uno de esos

cuerpos jóvenes y lo hago tirar otros doscientos.

—De todas formas, lo considero un error. Vuestra naturaleza es bastante más fuerte que la de nosotros, los hombres de la Tierra. Vais a debilitar vuestra raza por un capricho estúpido.

—¿Llamas un capricho estúpido a sentirse hermoso y atrayente? ¿A sentirse amado por una hembra tan hermosa como esa bella terrestre?

—Entre vosotros existen machos y hembras hermosos con arreglo al concepto vuestro de la belleza.

—Pero ese concepto, al entrar en contacto con la civilización, se ha ido derrumbando y ya no queda nada de él. No sé qué pensar, pero tal vez sea esa la venganza que nos anunciaron los «bonderitas» cuando los exterminamos.

—Es posible, pero vosotros no debéis dejar que tal venganza se cumpla. Debéis imponeros un criterio más justo.

—Es tarde ya. La civilización nos ablanda. A ti mismo, con las posibilidades que te abre la nueva técnica de Sweit, ¿acaso rechazarías que tu personalidad fuese trasplantada a un cuerpo hermoso como el de ese terrícola rebelde, ese Howard, y sentirte luego amado por ella, Bronson? Me refiero a la linda Lidia Tsang que está enamorada de Howard, tú lo sabes perfectamente.

Bronson sintió su amor propio herido y respondió:

—He llevado doscientos setenta y dos años terrestres este cuerpo y pienso morir con él.

Karten produjo un gorjeo un tanto ridículo y consideró a Bronson con expresión de lástima:

—¿Quieres decir que prefieres esa asquerosa envoltura que llevas, esa envoltura deforme que te ha hecho desgraciado toda tu vida a un cuerpo hermoso como el de ese Howard? Ten en cuenta que puedo leer en tu pensamiento, que si te empeñas, lo haré.

—¡Oh! No es necesario. Tienes razón. Esta envoltura me ha hecho desgraciado, pero sin embargo, ahora, me duele desprenderme de ella. Además, me agradaría saborear el triunfo de la gracia y la inteligencia sobre la materia, por muy hermosa que ésta sea. Rendir a la mujer amada a pesar de este cuerpo.

—¿Y si fracasas?

El rostro de Bronson se entenebreció:

—Entonces me agradaría vengarme y para hacerlo necesitaría este cuerpo, precisamente éste mejor que ningún otro. La sometería a la fuerza y su aversión hacia mí sería mi mejor venganza. Al vengarme de ella me vengaría de la humanidad terrestre toda. Y él, Howard, sufriría también y yo disfrutaría viéndolo sufrir.

—No conocía ese aspecto ruin de tu persona, Bronson.

—¿Por qué imaginas que te sirvo? ¿Por qué crees que colaboro

tan estrechamente con ese otro ser contrahecho de Sweit? Porque en realidad esperaba ardientemente que llegase un momento como este.

—Lo sé. Por eso me extraña que retrocedas cuando llega.

—Es el odio a lo bello que vive dentro de mí, que se rebela de pensar que mi envoltura puede ser hermosa, que yo puedo llegar a odiarme, a despreciarme. Algo de lo que pasaría a tu gente si viese que os transformabais en otro tipo de ser.

—¡Bah! ¡Tonterías! Haremos que se vayan transformando todos y que puedan disfrutar cuanto antes de esa civilización que nos dejaron en pie los «bonderitas» y que parece reírse de nosotros. No puedo resistir más esas hermosas casas deshabitadas, esas ciudades sin vida, esos bellos jardines desiertos…

—¿Y crees que se pueden lograr cuerpos hermosos para todos los «teotis»?

—Me dijiste que la Tierra, cuando tú saliste de allí, tenía más de dos mil millones de habitantes y que en el tiempo transcurrido podría tener ya hasta los tres mil millones.

—Se han exterminado como bestias. Es posible que queden algunos más entre ruinas, pero yo no pude encontrar más que estos que te he traído.

—Acudiremos a otros planetas del sistema solar, que estén habitados, y cuyos individuos reúnan las características físicas que nos interesan.

—No creas que es eso tan fácil como imaginas.

—Se hará, a pesar de todo. Los cuerpos de esos terrestres servirán para mis más osados amigos, los que están dispuestos a sacrificarse por la felicidad de su pueblo. Ellos explorarán el Universo entero si es preciso. ¿No deseas ser tú uno de los elegidos, Bronson? ¿No te agradaría que tu personalidad fuese proyectada dentro del cuerpo de Howard y lanzarte a la aventura? Podrías llevártela a ella de auxiliar. No es necesario que ella conozca lo que le va a suceder a tu amado. Ella, tan pronto se vea libre, pedirá por él y nosotros le podernos hacer creer que lo hemos perdonado. Luego es cuestión de que seas tú lo suficientemente hábil para hacerte pasar por él. El cuerpo, lo tendrás…

Sonrió Bronson con expresión siniestra.

—Me estás tentando, viejo Karten.

—Es lo que tú deseas, Bronson. Te conozco bien.

—¿Sabes el problema que se te plantea, mi buen rey Karten?

—¿Te refieres a la princesa Taora? —preguntó Karten mirando de reojo hacia donde estaba el grupo de sus cortesanos, que se habían separado prudentemente al ver que el rey se enfrascaba en su conversación con Bronson.

—Pues sí, pienso en ella. Bien sabes que le profeso un sincero

afecto y no quisiera contrariarla.

—Está bien. Déjalo de mi mano. Ella es una hija obediente que admitirá lo que yo le diga.

—Lo dejo en tus manos —respondió Bronson inclinándose levemente

Le hubiese agradado saber lo que pensaba Karten en aquel momento, pero a éste le resultaba fácil esconder sus pensamientos al terrestre.

—Ven, vamos a ver a Sweit. Haremos una prueba con uno de estos seres azules que nos han traído. No son feos del todo y parecen fuertes. Me encuentro maravillosamente sobre las piernas estas que pertenecían a uno de ellos. Por cierto, quiero que repases tú si el injerto está bien hecho. Sweit es un hombre de mucha talla en el orden de las ideas y de la investigación, pero trabajando es un poco descuidado.

* * *

Los terrestres, se sintieron sacudidos por un nuevo estremecimiento de terror al escuchar un nuevo alarido, seguido de la risa del monstruoso Karten e imaginaron algo de lo que debía estar ocurriendo.

Momentos después llegaron a la puerta del calabozo cuatro «teotis» de los que marchaban a pie, los cuales acompañaban a Bronson, el cual, sin la armadura que le disimulaba su deformidad física, resultaba bastante más horrible que cuando los emigrantes le habían conocido.

Se abrió la puerta y Bronson llamó:

—Señorita Tsang. Por favor, un momento. Ustedes también, señores Howard y Sidney. Desde el primer momento he sentido cierta inclinación por ustedes tres. Tal vez sea porque fueron los tres primeros seres humanos que vi a mi llegada a la Tierra... Les prometí que aquí conocerían cosas extraordinarias, les dije que prefería que las viesen con sus propios ojos. Pues bien. Ahora les llamo porque deseo que presencien un interesante experimento. Vamos.

Howard estuvo a punto de lanzarse sobre el traidor dispuesto a estrangularlo, pero una suplicante mirada de Lidia le contuvo.

—Supongo que vienes a ofrecernos una «diversión», ¿no es eso? —preguntó el rubio Sidney contemplando a Bronson con desprecio.

Pero el traidor no se inmutó, respondiendo con fría sonrisa.

—Algo así.

Echaron a andar y Bronson, sin mostrar miedo alguno se colocó

entre Howard y Lidia, como si fuesen los mejores amigos del mundo.

—Vais a tener ocasión de conocer a mi maestro. Una notabilidad marciana, llamado Sweit, una mentalidad poderosa que no reconoce dificultades. Lástima que su vida se vaya extinguiendo lentamente. Por más que, si su última conquista científica resulta, aun se podrá prolongar su preciosa vida un montón de años.

Fueron conducidos a un quirófano situado en aquel mismo subterráneo, no lejos de donde se hallaba el calabozo.

Se hallaban en el quirófano el rey Karten, otro ser de piel arrugada y que respondía a las noticias que los terrestres tenían sobre la constitución de los habitantes de Marte y un tercer ser cuyo cuerpo se parecía bastante a los de los terrestres, si bien —sus piernas se hallaban visiblemente arqueadas y cuya cabeza tenía bastante semejanza con la de una tortuga y el cual tenía la piel azul, de un azul brillante, el mismo que habían visto en las piernas que usaba el rey Karten.

El hombre azul se hallaba fuertemente atado y contemplaba con ojos de espanto la mesa de operaciones que se alzaba en el centro del pequeño quirófano. De tanto en cuanto sus miradas se apartaban de la mesa y era para fijarlas en las piernas azules del soberano de los «teotis», el cual, al darse cuenta de tal cosa, reía con su risa de loro amaestrado.

Los tres terrestres fueron presentados al marciano que se mostró serio, inconmovible, mirándolos con su expresión de alucinado. Luego de la presentación dijo unas palabras dirigiéndose a Bronson, que los tres prisioneros no entendieron, pero que Bronson les interpretó a su manera.

—Dice el sabio profesor Sweit que constituís un magnífico material de experimentación. Él está un tanto obsesionado con su ciencia, con sus descubrimientos y no ve más que material y material… Es incapaz de comprender la vida ni la belleza de otro modo.

Al expresarse así. Bronson dirigió una tierna mirada a Lidia Tsang y se puso a las órdenes de Sweit.

A una indicación de este, cuatro hombres-globo cogieron al hombre azul, lo desataron y a despecho de sus esfuerzos lo sujetaron a la mesa de operaciones, e instantes después el profesor Bronson comenzaba su intervención como ayudante de Sweit, aplicándole unos rayos que, sin dormirlo, lo tranquilizaron completamente.

Los tres terrestres contemplaban la escena con asombro y Bronson, al terminar de actuar, dirigió una mirada de triunfo a Lidia que lo contemplaba con asombro.

—Confío, estimados coterráneos —habló Bronson de nuevo—, que tendrán la suficiente tranquilidad para contemplar la operación en

silencio. Piensen en la importancia que esto tiene para el futuro del pueblo «teoti», del que son huéspedes.

Lo dijo sin ironía, con la mayor sangre fría.

Karten, que se hallaba cerca del profesor Sweit, volvió a reír de forma que resultaba ya un tanto alucinante.

A una orden de Sweit, entró un «teoti», el que se había prestado para el experimento y tras de ser animado por Karten, penetró en una especie de caja que se hallaba adosada a la pared y cuya cubierta era de material transparente.

Antes de cerrar la caja, Sweit puso un casco metálico en la cabeza del «teoti» y unió luego el casco a unas conexiones que se hallaban en la cubierta de la caja, a una altura conveniente, conexiones que atravesaban la tapa, saliendo al exterior.

Colocaron otro casco similar en la cabeza del hombre azul, pero la conexión de tal casco fue encajada en un pequeño recipiente totalmente cerrado e inmediatamente se produjo un zumbido.

Sweit había manipulado un mando en un pequeño tablero que tenía al alcance de su mano, e inmediatamente aplicó luz «fría» a la cabeza del hombre azul, vigilando con gesto de satisfacción la operación que se estaba produciendo dentro de ella.

Bronson, a su lado, vigilaba con tanta atención como Sweit y a una indicación de éste, abandonó el lugar que ocupaba para tomar el extremo libre de las conexiones a la cabeza del «teoti».

Arrancó Sweit las que estaban sujetas al casco del hombre azul y mientras Bronson encajaba las que tenía en las manos, él maniobraba otro mando y el zumbido que se había escuchado antes varió de intensidad.

Sweit y Bronson prestaron más atención que anteriormente y el mismo Karten que había asistido con interés a las manipulaciones de los dos hombres de ciencia, tomó parte en ellas.

Howard y Sidney procuraron mantener el dominio sobre sus personas y entre los dos hubieron de sujetar a Lidia, la cual sintió que sus fuerzas flaqueaban a la vista de aquella monstruosidad.

El cuerpo del hombre azul había quedado totalmente relajado al sufrir la primera parte de la operación y en la segunda parte fue el cuerpo del «teoti» el que experimentó tal fenómeno.

Comenzó a reanimarse entonces el cuerpo del hombre azul y Sweit dio por terminada su actuación en la operación, dejando en manos de Bronson el que se asegurase de que se hallaba lograda en todas sus facetas.

El científico marciano, explicó a Karten y a los terrestres con aire de triunfo:

—La dificultad mayor de la empresa estaba en conocer si las conexiones nerviosas del cerebro de ambos seres, se correspondían.

Cuando comprobé que era así, me di cuenta de que la operación tenía un gran porcentaje de posibilidades de éxito. Ahí lo tienen.

—¡Es verdaderamente maravilloso! —respondió Karten dejando escapar su risa, dando la sensación de que tal risa era la válvula de escape que necesitaban sus nervios ante determinadas emociones.

—¡Algo definitivo que se me ocurrió cuando vi que podía controlar la desintegración si la correspondiente reintegración se realizaba en el mismo momento!

Al terminar de hablar el marciano, dirigió sus miradas a los terrestres, estudiando atentamente la conformación de la cabeza de Sidney.

Iba a hablar, pero Bronson, había terminado su trabajo, y comprendiendo que Lidia se hallaba a punto de desmayarse y que los dos hombres podían provocar un desastre que, aunque les costase la vida podría dar al traste con sus planes, llamó la atención de todos sobre el cuerpo del hombre azul, el cual, al quitarle las ligaduras, se incorporó en la mesa de operaciones.

—¡Ah! —exclamó Sweit—. Parece que las conexiones nerviosas se han realizado de forma impecable. Comienza a responder todo.

El hombre giró la cabeza al escuchar la voz de Sweit, demostrando que el oído funcionaba perfectamente. Dirigió luego su vista hacia Karten y rió casi de la misma manera que lo hacía el monstruoso rey, dirigiéndole luego la palabra en el idioma de los «teotis».

—¡Esto es definitivo! —chilló Sweit excitado—. Vamos, Bronson. Dele un cordial y ya puede correr ese amigo.

Karten volvió a reír y los tres prisioneros terrestres, sin aguardar orden alguna, se dirigieron hacia la salida del quirófano, dispuestos a regresar a su calabozo.

La risa de Karten retumbaba en sus cerebros poniendo en conmoción sus sistemas nerviosos y en particular los dos hombres, hubieran terminado por intentar una barbaridad.

CAPÍTULO VI

Lidia Tsang

MOMENTOS después de regresar los tres prisioneros a su calabozo, y cuando la risa del monstruo se hubo extinguido, se abrió la puerta del departamento y aparecieron bastantes «teotis» y, a la cabeza de ellos, el siniestro doctor Bronson.

Casi sin hablar, más por señas que otra cosa, los prisioneros fueron separados en pequeños grupos, como máximo de cuatro y conducidos a diferentes calabozos, más reducidos que el que habían ocupado hasta entonces.

No se preocupó Bronson de separar las parejas que se habían formado y que habían procurado salir juntas; sin embargo, tuvo buen cuidado de separar a Lidia de Howard, haciendo que la muchacha, que continuaba bajo el dominio de la fuerte impresión recibida, formase grupo con Mirian y el rubio Bat Sidney.

Bronson, en un momento de descuido de los «teotis», murmuró al oído de Sidney, aunque de forma que lo oyese también Howard y Lidia.

—Aunque os parezca mentira, estoy dispuesto a ayudaros. No creí que pudiese suceder una cosa así... Me refiero...

Calló al notar que se acercaba un «teoti» y ya no pudo hablar más con ninguno de sus coterráneos, pues quedaron todos encerrados.

Cuando se quedaron solos, preguntó Sidney a Lidia:

—¿Has oído a ese reptil?

—Sí.

—¿Qué te ha parecido?

—No sé qué pensar. Es posible que se haya arrepentido.

—¡No seas ingenua, Lidia! ¡El trama algo terrible contra nosotros! ¿Por qué ha puesto particular empeño en separarte de Bob?

—Él está enamorado de mí y tal vez lo que ha visto le hace temer por nosotros...

—Querrás decir por ti.

—Eso he querido decir. Perdona, pero es que me parecía demasiado duro decirlo de esa forma.

—¡Es monstruoso ese Karten! ¡Y Sweit y Bronson! ¡Les hubiera retorcido a gusto el cuello a los tres!

Oyeron unos leves golpecitos que se produjeron en la puerta

metálica y, una voz, en la que reconocieron la de Bronson, ordenó en voz baja, aunque perfectamente audible para ellos.

—¡Silencio, imprudentes! ¿Ignoráis que vuestros cerebros pueden estar controlados en este momento? ¿Queréis echar por tierra todo mi trabajo?

Callaron Lidia y Sidney un tanto impresionados y se volvió a escuchar la voz de Bronson:

—Asome la cabeza al ventanillo un momento, Lidia. No tema.

Obedeció la muchacha, si bien apenas si pudo disimular el gesto de repugnancia que le produjo la vista del doctor.

—Comprendo que no puedan tener fe en mí. No han sabido interpretar mi actuación. Yo también he sido engañado exactamente lo mismo que ustedes, aunque no lo comprendan así. Piensen que mi cerebro está también controlado con harta frecuencia. Quiero sacarla de aquí y ver lo que puedo hacer por todos, en particular por usted y por ellos dos.

—No puedo creerle una palabra, doctor Bronson.

—Sin embargo, creerá. He decidido salvarla y al hacer tal cosa, yo me perderé; para evitarlo, los salvaré a todos y lucharemos. Nada más. Debo actuar con suma cautela. Hasta pronto.

Aquello les sumió en una gran inquietud y cuando Bronson se hubo retirado, no se atrevieron a cruzar palabra alguna entre ellos. No se atrevían siquiera a pensar por miedo a que sus cerebros estuviesen controlados.

—¡A menos que todo eso no sea una espantosa patraña para tenernos bien amarrados! —dijo Sidney en voz alta, respondiendo a sus pensamientos.

—No creo que sea patraña, Bat. Nos tienen bien cogidos. —respondió Lidia con acento que expresaba un profundo terror.

Pasaron bastantes horas sin ser molestados, sin que se oyera un solo ruido en aquella parte de los sótanos.

Al cabo de ellas recibieron algunos alimentos de buena calidad y Sidney no pudo evitar un comentario:

—Nos cuidan pensando en que nuestros cuerpos llegarán a pertenecerles en un plazo no demasiado lejano.

—¡Por favor! —exclamó Lidia.

—Tienes razón, perdonad.

Horas después se volvió a oír en los sótanos la risa de Karten y los terrestres acudieron a las puertas de sus respectivos calabozos, temblando cada cual por la vida de sus compañeros, temiendo que alguno de ellos hubiese sido designado ya para realizar con él los terribles experimentos.

Se oían ruidos que se producían en el pasillo, pero nadie podía ver nada ya que los ventanillos de las puertas habían sido cerrados

automáticamente y cada terrestre temió por la vida de los compañeros que no tenía a la vista.

Las risas de Karten se escucharon durante un par de horas y cuando cesaban, se oía el ir y venir de los «teotis» por el siniestro pasillo.

Cesó al fin el tormento y cada uno respiró con alivio, aunque conservando en su interior la lógica inquietud por la suerte que pudiesen haber corrido sus compañeros.

Pasaron las horas y al fin el doctor Bronson volvió a aparecer en la puerta del calabozo donde se hallaba Lidia, la cual fue abierta. Su rostro estaba radiante al anunciarle:

—¡Estimada Lidia! ¡Al fin he logrado de la magnanimidad de Karten que tenga usted libertad de movimientos!

Y añadió en voz baja a su oído:

—¡He conseguido arrancarla a la horrible suerte que la aguardaba y conste que no ha sido fácil porque determinada princesa se había enamorado de su cuerpo!

Se estremeció Lidia, pero forzó la sonrisa y se dispuso a seguir al profesor Bronson tras despedirse de Mirlan y Sidney.

—¿No podría despedirme de los otros?

—Podría pero no lo reputo conveniente. Los verá con frecuencia. Están bien todos, se lo aseguro. Howard también y espero poder arrancarlo pronto de ahí —añadió Bronson en voz baja.

Marchó Lidia. En aquel momento todos los ventanillos estaban abiertos y los terrestres que se hallaban asomados a ellos, la vieron partir.

Nadie pensó que podía ser ella la primera sacrificada, porque no se había producido la risa de Karten el siniestro.

* * *

Bronson llevó a Lidia a un departamento del primer piso, compuesto de cuatro piezas incluido el cuarto de aseo

—Aquí podrá hacer una vida relativamente independiente, pero le aconsejo que se deje ver, en bien de sus compañeros. Tal vez así vayamos logrando que éstos sean reincorporados a la vida normal y perdonados, aunque sea uno a uno. No debemos desesperar. Karten es bondadoso aunque sus cóleras en los primeros momentos puedan ser terribles como ocurre a la mayoría de los que se hallan acostumbrados a ser obedecidos ciegamente.

—Comprendo y agradezco su ayuda —respondió Lidia sonriendo —. Perdone si hemos llegado a desconfiar de usted, profesor.

—Lo comprendo perfectamente, hijita. No olvide sonreír, no olvide que el peligro no ha pasado aun, incluso para usted. Debe

procurar granjearse las simpatías de Karten el cual, por otra parte, está predispuesto en su favor. Ahora descanse y procure no confiarse a nadie. Tendrá usted servidores «teotis» que le serán adictos, siempre que no roce la majestad de Karten.

Salió Bronson a tiempo que Lidia se dejaba caer en un sillón. Pero el rostro de la muchacha no expresaba desaliento, sino una firme voluntad de vencer.

El simiesco doctor, del departamento de Lidia fue a reunirse directamente con Karten, el cual se hallaba en su departamento con Sweit.

El saludo de Karten fue una simple pregunta dirigida al recién llegado.

—¿Contento ya, Bronson?

—Así es, amigo Karten. Me considero ya bien pagado.

—Eso es lo que deseo. Taora está medio convencida ya de que debe elegir el cuerpo de otra terrestre. Irá a verlas mañana pues le he hecho ver que las hay tan lindas o aún más que Lidia.

—Gracias, amigo Karten.

—Te debía eso, Bronson, y yo soy de los que pagan sus deudas. Ahora, si estás decidido a ello, tan pronto lo desees, tu personalidad pasará al hermoso cuerpo del joven Bob Howard. ¡Es un espléndido regalo, no lo niegues! Ella no sabrá nada y te sentirás locamente amado. Te amará más aún que al propio Howard porque tú posees un espíritu más selecto.

Bronson se sintió halagado y volvió a dar las gracias, aunque respondió al cabo con cierto dejo de amargura:

—Pero seré siempre infeliz porque pensaré que ella no me ama a mí, sino que ama a Bob Howard y tal vez algún día la mataré.

—No seas estúpido, Bronson —intervino Sweit.

—Tienes razón, caro maestro. Por el momento, preferiría hacerme amar de la joven Lidia tal como soy. Si fracaso, podría venir lo otro.

Sweit se sintió irritado y lo manifestó:

—¿Y mis experimentos? ¿Crees que puedo estar a resultas de vuestros estúpidos sentimentalismos? Estoy convencido de que todos los terrestres sois unos seres despreciables y no me extraña que hayáis llegado a la casi total extinción sin que nadie ajeno interviniese.

—¡Está bien! Realizarás el experimento, Sweit, aunque deseo que sea aplazado unos días, mientras trato de amoldarme a la nueva situación que se me planteará Tienes material de sobra con el que experimentar en tanto.

—Sí. Pero ningún cerebro preclaro como el tuyo, a excepción del de nuestro amado Karten, y antes de arriesgarme con él, debo hacerlo contigo.

—Gracias. Es muy justo eso. Y ahora me perdonaréis, pero quiero

estar un rato observándola, quiero estudiarla, conocer sus reacciones, saber cómo debo tratarla.

Karten lo detuvo con un ademán y se concentró por unos momentos, al cabo de los cuales respondió:

—Es extraño. Tengo la sensación de que cuando trato de penetrar en su cerebro, me rechaza. Tal vez sea que lo tenga en blanco. Ten mucho cuidado con ella, Bronson.

Marchó el doctor terrestre y cuando Karten y Sweit quedaron solos y el rey de los «teotis» consideró que no podía ser oído por Bronson, rió con su risa de loro amaestrado.

Cuando le pasó el acceso, se dirigió al marciano:

—¿Imaginas lo que estoy pensando, Sweit?

—Sí, aunque no poseo tus altas dotes telépatas.

—¿Qué es ello?

—Que a pesar de todo, la princesa Taora será proyectada dentro del cuerpo de la bella Lidia.

—Exactamente. Y el cuerpo de Howard será reservado para Bronson porque Taora me ha asegurado que a ella no le ha interesado lo más mínimo tal terrestre. ¿Qué te parece la broma?

—Digna de ti, amigo Karten. ¿Crees que podrás engañar a Bronson?

—Lo dormiré, y mientras duerme, entre tú y yo, en el mayor secreto, realizaremos la proyección de la personalidad de Taora en el cuerpo de Lidia. Y luego, Bronson que piense lo que quiera. Si se pone tonto, proyectaremos su personalidad al cuerpo de cualquier repugnante bestia...

Y la risa de Karten volvió a dejarse oír...

* * *

Lidia había recordado sus lecturas de tipo metafísico y algunas conferencias que había escuchado sobre el mismo tema, así como algunos experimentos que había presenciado y se dispuso a luchar.

No desconocía que uno de los mejores métodos de defensa estaba en el dominio de sí, en la propia voluntad y se dispuso a ejercitarla, segura de rechazar así las inspecciones telepáticas de sus enemigos.

Aquel fue el motivo por el que Karten no había logrado penetrar en su cerebro, no había podido llegar hasta sus pensamientos.

Inició Lidia prontamente su vida normal en el palacio de Karten y venciendo una natural repugnancia, asistió a las comidas en las cuales se reunía el rey con sus familiares y sus íntimos, entre los que se contaban el marciano Sweit, al cual sentaba corrientemente a su izquierda, y el terrestre Bronson, el cual tenía su sitio al lado de su maestro.

Pese a la impasibilidad que mostraba el rostro de Karten a excepción de las ocasiones en que se reía, adivinó Lidia por la inquietud que mostraba cuando se dirigía a ella, que le había vencido y que no era capaz de penetrar en sus pensamientos.

Aquello le sirvió de estímulo, si bien se prometió poner el máximo de cuidado en sus acciones, temiendo la vigilancia de Bronson, del cual adivinaba que no confiaba absolutamente nada en ella.

Al siguiente día de haber sido separada de sus compañeros, advirtiendo lo extraordinariamente adicta que le era una de las sirvientas, la admiración que le demostraba, pensó en llevar a cabo con ella un experimento de hipnotismo, cosa que por herencia familiar y como curiosidad y distracción había practicado en la Tierra.

Y se sintió Lidia terriblemente satisfecha cuando se dio cuenta de que la sirvienta se dormía según sus mandatos y la obedecía ciegamente en todo luego.

Aquello le hizo concebir bastantes esperanzas con respecto a su propia suerte y la de sus compañeros.

Procurando no llegar a hacerse sospechosa, recorrió todos los departamentos de palacio que le era permitido ver, teniendo bien en cuenta preguntárselo a Bronson o bien a Karten directamente, a quien procuraba ir interesando.

En sus relaciones con el resto de los «teotis» que habitaban en palacio, fuesen sirvientes o no, procuró despertar en ellos el máximo de simpatía hacia su persona, recurriendo a las innegables dotes que la adornaban en tal sentido.

Actuaba Lidia de forma febril, no ignorando que cualquier pequeño retraso podría resultarle fatal no solamente a ella, sino a cualquiera de sus compañeros. Ignoraba la suerte que éstos pudiesen haber corrido, ya que no podía fiarse de Bronson, a pesar de que éste le aseguraba que aún no se había atentado contra ninguno de ellos.

—La suerte de ellos —respondió Bronson cuando fue preguntado por ella-estriba en su escaso número. Cada uno de ellos es deseado por varios de los íntimos del rey y éste necesita aquilatar bien los méritos de cada cual antes de comenzar la distribución.

No obstante estas seguridades, cada vez que Lidia oía que la risa de Karten se producía en el sótano donde se hallaban los calabozos y los quirófanos, sentía que se ponía enferma y únicamente su voluntad de vencer la sacaba de la postración momentánea en que caía.

En un momento dado en que se quedó sola con Karten en uno de los departamentos que éste usaba habitualmente, permitió que el rey adivinase sus pensamientos y no tardó él en hablar.

—Adivino tus inquietudes, Lidia, y debes desecharlas.

—¿Cuándo veré libres a mis compañeros? —inquirió ella.

—Los verás pronto, muy pronto.

—No dudo de tu bondad, Karten, pero me va a parecer imposible.

Miraba Lidia fijamente al rey de los «teotis», tratando de dominarlo, de sumirlo en el sueño hipnótico.

—Haces bien en no dudar de mí...

Notó Lidia que Karten pronunciaba las palabras con bastante lentitud, no corriente en él, y se sintió triunfadora.

—¿Qué es lo que te propones, Karten? Debes ser sincero conmigo.

—Sí, lo soy...

—No lo eres y quiero que te pongas a mis órdenes. Quiero que duermas y que te fijes bien en lo que te pregunto.

Vaciló el rey sobre sus piernas y Lidia realizó un esfuerzo para que el hombre no cayera, manteniéndolo erguido.

—¿Duermes, Karten?

—Sí...

—Debes de obedecerme...

—Té obedezco. Sabes bien que soy tu esclavo.

—Quiero que me respondas con entera sinceridad. ¿Qué es lo que piensas hacer conmigo y con mis compañeros?

Vaciló Karten, notando Lidia que hacía un esfuerzo por sustraerse a sus órdenes y por su parte redobló sus esfuerzos por someterlo a obediencia. Fue una lucha corta, pero terrible, en la que venció la muchacha, que llevaba la ventaja de haber tomado la iniciativa.

El rey de los «teotis», totalmente vencido, reveló a Lidia el pérfido plan que había trazado Bronson de acuerdo con él y Sweit; a continuación le relató lo que Sweit y él habían decidido respecto a ella, Toara y Bronson.

—¿Cuándo tenéis idea de llevar a cabo vuestro proyecto?

—Mañana; a más tardar, pasado mañana. Debemos asegurarnos antes probando con uno de vuestros coterráneos. Es la vida de la princesa Toara la que arriesgamos ahora.

—¿Cómo piensas dormir a Bronson para realizar el engaño?

—Con un simple narcótico. Se lo administraré en la bebida cuando Sweit y yo decidamos realizar la cosa.

—¿Dónde tienes ese narcótico?

—Lo tiene mi despensero. Tiene mucho. Lo uso con más frecuencia de lo que unos y otros creen.

A despecho de todo, brotó la risa de loro amaestrado de Karten y Lidia le ordenó que olvidara, que pusiese su cerebro en blanco y que despertase sin dejar de reír.

Lo hizo el hombre y se sorprendió un tanto al verse despierto y riendo.

—¿Qué decía? ¿Por qué me he reído?

—Te has reído, sin duda alguna, de mi credulidad. No estoy segura de lo que me has prometido.

—Pues debes estar segura —respondió el monarca con expresión de gravedad.

Pero Lidia sabía ya demasiado para dejarse engañar, aunque lo fingió.

La terrícola hubo de fingir que se dejaba cortejar por Karten, el cual llegó a pensar que el hermoso cuerpo de Lidia podía ser aprovechado por su propia esposa mientras él tomaría el de Bob Howard o el terrícola que su esposa prefiriese.

* * *

Lidia sabía en qué lugar hallaría al despensero mayor, y como quien se ha extraviado, llegó hasta donde el «teoti» se hallaba, el cual se volvió balanceándose sobre sus cortas piernas al darse cuenta de la presencia de la intrusa.

Pero la presencia de la bella terrestre era harto agradable a los «teotis» y el despensero mayor no podía ser una excepción, recibiéndola con un gruñido de satisfacción a tiempo que ella se excusaba:

—¡Oh, perdón! No conozco aún bien las dependencias de este magnífico palacio y me he extraviado. ¿Serías tan amable que me indicases el camino para volver a mi departamento?

—No debes tener prisa, hermosa terrestre. Había oído hablar de ti, ponderar tu hermosura, pero no había tenido la dicha de verte. Deja que disfrute unos instantes de tal placer y luego te indicaré el camino que debes seguir.

—Yo tampoco te había visto nunca, «teoti», a pesar de que se adivina por tu noble porte que tienes derecho a figurar en la mesa del rey.

Al hablar Lidia había mirado fijamente al despensero, el cual daba la sensación de que iba a reventar de gozo ante la lisonja de la bella terrestre,

—Mi puesto tiene tanta importancia que no debo abandonarlo ni aun para sentarme a la mesa del buen Karten, donde siempre tengo un lugar reservado.

—Mírame ahora, pues. Debo marcharme. Es Karten quien me aguarda…

No tardó en tenerlo dominado totalmente y concentrando su esfuerzo en la tarea que estaba realizando, le ordenó que mezclase una buena cantidad de narcótico en las bebidas que debía servir en el banquete de aquella noche.

Obedeció el hombre a su vista y cuando la tarea estuvo

terminada, lo despertó, ligando la conversación en él lugar en que había quedado.

—¿Me has mirado ya bastante, «teoti»? Tú me has sido simpático y si no te molesto, bajaré a verte alguna vez.

Sonrió el monstruoso ser íntimamente complacido, bamboleándose sobre sus piernas al acompañar a Lidia hasta un lugar desde el cual le fue relativamente, fácil indicarle el camino de su departamento.

CAPÍTULO VII

Se inicia la fuga

CUANDO Lidia se dio cuenta de que los comensales, incluido el propio Karten, comenzaban a ser víctimas del narcótico, abandonó su asiento, llegando hasta donde se hallaba el despensero mayor dispuesto a cenar a su vez y logrando de él que se distribuyese de la misma bebida para la cena de todos los servidores y guardias del palacio y haciendo beber al propio despensero.

Para asegurarse de que todo estaría a punto, ayudó a distribuir la bebida a los grupos de guardia y servidores cuando venían a recoger sus raciones de cena.

Y cuando al cabo de media hora estuvo segura de que todos dormían en palacio, tomó un arma y descendió a los subterráneos donde se hallaban los calabozos.

Lo primero que hizo fue entrar en el quirófano y destruir los proyectores integradores y desintegradores ideados por Sweit y a continuación fue abriendo las puertas de los calabozos donde se hallaban sus compañeros.

Tenía la seguridad de hallarlos vivos a todos y los sorprendió con la noticia de que estaban dando el primer paso hacia la libertad.

Se arrojó en brazos de Howard y en breves momentos le puso en antecedentes de lo que había realizado y de los proyectos que Bronson y los suyos tenían con respecto a ellos.

—Bien. Tienes razón al decir que hemos dado el primer paso hacia la libertad. Estamos libres dentro de este palacio y nuestros enemigos en él están inutilizados por el momento. Pero tendremos que contar con todo el pueblo «teoti» en masa, del cual ignoramos mucho, entre otras cosas, los lugares en que habitan. Tendremos que abandonar también el planeta y para ello necesitaremos una aeronave similar a la que nos trajo. Ignoramos dónde podremos hallarlas.

—El saber el lugar donde se hallan no es dificultad alguna para nosotros. Puede ser que la constituya el apoderarnos de ella y el lanzarnos al espacio eludiendo la persecución de ellos.

—¿Cómo podrás saber dónde tienen sus aeronaves siderales?

—Interrogando a cualquiera que lo sepa. Por ejemplo, el propio Karten. ¿Olvidas que puedo volver a hipnotizarlo?

—Tienes razón. Vamos, no perdamos tiempo. Pueden venir gentes

del exterior del palacio y sorprendernos.

—¿Llamas gentes a estos repugnantes monstruos?

—Tienes razón.

Pasaron ante los otros calabozos, de los cuales salía un fuerte hedor, correspondiente a los prisioneros que se hallaban en ellos y Lidia recordó el martirio del hombre azul. Sintió lástima por ellos y se dirigió a Howard, que había vuelto a tomar el mando del grupo.

—Me dan lástima estos desgraciados. Son seres que merecen una atención.

—Dices bien. Les abriremos y que nos sigan. Si lo estiman conveniente, que unan su suerte a la nuestra, y si no, que luchen por sus propios medios.

Abrieron las puertas de los calabozos e indicaron a los prisioneros por medio de señas que podían salir, que estaban libres.

Los desgraciados prisioneros, que conocían la suerte que habían corrido varios de los suyos, se mostraron recelosos en principio, pero luego comprendieron y emitieron salvajes gritos de alegría.

Momentos después se hallaban todos ellos fuera de los calabozos, y a una seña de los terrestres, les siguieron.

Eran varones en su mayor parte, aunque también había entre ellos algunas hembras, que contemplaron a las terrícolas con curiosidad no exenta de admiración.

Las hembras, igual que los hombres, cubrían de forma bien precaria sus desnudeces, llevando al aire la mayor parte de su hermosa piel azul, de un azul que brilló más con la alegría de la libertad.

Los terrícolas, a medida que iban avanzando, iban apoderándose de las armas de los dormidos «teotis», mientras los hombres azules mostraban su furia destrozando cuanto hallaban a su paso y machacando materialmente a golpes a los que habían sido sus verdugos y guardianes.

Al llegar a uno de los amplios salones de la planta del palacio, entre Lidia y Howard los obligaron a detenerse y a prestarles atención. Los reunieron y costosamente, por señas; debieron hacerles comprender que no debían destrozar ni matar seres indefensos que no podían hacerles daño alguno.

Les hicieron comprender que deberían armarse por si sobrevenía alguna lucha y que deberían poner el máximo de interés en buscar una salida del planeta, cada cual hacia su punto de procedencia.

Pero aquellos seres eran demasiado primitivos para comprender tales cosas y los terrestres se dieron cuenta de que deberían abandonarlos a su suerte.

—Es posible que llegasen a complicarnos nuestra fuga. Ignoramos de dónde proceden y hacia qué punto se les podría dirigir…

—¡Pensemos, pues, en nosotros! —decidió Sidney, de quien Mirian no se separaba.

—¡Deberemos llevarnos rehenes —apuntó Lidia—. Estos rehenes deben ser el propio Karten y sus familiares más queridos; yo los conozco a todos, sin olvidar a nuestro inefable Bronson y al marciano Sweit.

Los hombres azules, en su furia primitiva, destrozando todo lo que hallaban a su paso, habían llegado al tobogán que descendía hasta los sótanos y se habían lanzado por él, dando espantosos aullidos.

—¡Pobres gentes! ¡Vamos a lo nuestro!

Penetraron en el comedor donde se habían reunido los «teotis» para celebrar el banquete y Lidia seleccionó rápidamente a los que se debían llevar como rehenes. Eran en total siete, a los cuales inutilizaron rápidamente sus terribles brazos inferiores para que no se pudiesen servir de ellos.

Entre cada dos terrestres tomaron un prisionero, y los que quedaban libres, bien armados, formaron en torno, dispuestos a defender sus rehenes, a luchar por la libertad del grupo.

Una vez fuera del edificio se sintieron un tanto desorientados, ignorando el lugar donde se encerraban los vehículos que necesitaban para alejarse de allí.

—Guardad los rehenes con vosotros. Si tardamos en regresar y veis que os atacan, no vaciléis. Contenedlos al precio que sea.

Howard y Lidia se disponían a separarse del grupo, pero Sidney, con mayor sentido de la realidad, impuso rápidamente su criterio:

—Será absurdo que nos separemos. Será debilitar nuestras fuerzas tontamente y complicar nuestras posibilidades de huida. Vamos todos juntos y allá donde encontremos los vehículos, subimos en ellos.

Lidia recordó que, en el tiempo en que había disfrutado de libertad, había visto hacia qué parte se retiraban los «anfibios» cuando llegaban conduciendo a alguien y no tardaron en dar con el lugar en que se hallaban encerrados.

—¡Con cinco vehículos tendremos bastante! Distribuyamos los rehenes entre todos. Hay que evitar en lo posible llegar a la violencia. Si alguien nos sale al camino, trataremos de hacerles comprender que ellos nos siguen por su gusto. Mejor dicho, que como somos sus huéspedes, nos van mostrando las cosas interesantes del país.

—Será difícil convencerlos de tal cosa si ven que duermen.

—Si se empeñan en no darnos crédito les haremos ver la realidad. Se abstendrán de atacarnos porque tienen en mucha estima a sus reales rectores

Fue Lidia la que habló y lo hizo con manifiesta ironía, ya que ella conocía bastante bien a los «teotis».

Se distribuyeron en los cinco vehículos y se alejaron rápidamente

del palacio, saliendo del parque y enfilando la carretera en dirección contraria a la que habían traído.

—¿Cuándo podrás interrogar a Karten?

—No lo sé. Desde luego no podré hacer nada mientras duren los primeros efectos del narcótico. Luego, cuando esté a medio despertar, me será fácil interrogarle.

—¿Tardará mucho en pasarle?

—Lo ignoro. Depende de la cantidad que haya bebido y de su resistencia. Tal vez tarde horas.

—¡No podemos aguardar a tanto para saber de dónde hemos de sacar las aeronaves! ¡Nos va en ello la vida!

—Lo siento, pero no he podido hacer otra cosa y no pude prevenir esto. Tuve que concentrarme en una sola idea. No permitir que escrutasen en mi cerebro e inutilizarlos a ellos para poderos arrancar de los calabozos —respondió Lidia.

—No es una censura, Lidia. A no ser por ti, estaríamos perdidos.

—Lo único que necesitamos para salir de este mal paso es coger un prisionero de cierta calidad...

—¡Mirad!

No habían perdido de vista aún el palacio real cuando vieron que éste comenzaba a desmoronarse.

—¿Qué puede ser eso? ¿Qué sucede allí?

—Tal vez sean ultrasonidos. Los hombres azules, en su afán de destrozar y en su desconocimiento del asunto, es posible que hayan puesto en funcionamiento un generador. Recuerdo que existían dos en palacio —dijo Lidia.

—¡Esa pobre gente va a quedar destrozada allí! —exclamó Mirlan

—Hemos hecho por ella lo que hemos podido. Ellos no pensaban más que en destrozar, en vengarse. Tal vez supiesen que no podrían volver al lugar de donde los han traído.

—¡Lo malo es que esto va a atraer sobre nosotros la atención de los «teotis»! No tardarán en darse cuenta que el palacio de su rey ha sido destrozado y volarán a saber qué ha sido de él, por qué no se han producido llamadas de auxilio, por qué nadie sale de allí.

Bat Sidney, que marchaba en vanguardia, conduciendo el coche delantero, dio la señal de alarma, comunicando con los otros «anfibios» para que sus compañeros estuviesen prevenidos.

—¡Atención! Viene un «anfibio» en dirección contraria. Debemos detenerlo y saber quién viaja en él y adónde va.

Rápidamente fue trazado un plan de ataque y el «anfibio» que iba en cabeza dejó pasar al supuesto enemigo, pero se detuvo en el acto, volviendo atrás a tiempo que los otros cerraban el paso.

Bob Howard fue el primero en saltar al camino, llevando con él al dormido Karten. Tras Bob saltaron cinco terrestres más, dos de los

cuales apuntaron sus armas para el monarca mientras los otros tres conminaban a los ocupantes del vehículo a que bajaran rápidamente de él.

Cogidos de sorpresa, asustados por la amenaza que pesaba sobre el venerado Karten, los ocupantes del vehículo, que eran tres, se apresuraron a saltar al camino.

Lidia, que conoció inmediatamente a uno de ellos, exhaló un grito de alegría.

—¡Aquí tenemos a quien nos puede informar! ¡Es uno de los adictos de Karten! ¡Él no puede ignorar dónde se hallan las aeronaves siderales!

—Está bien. No podemos entretenernos aquí. Podemos ser observados. Que pase al «anfibio» de Sidney, que no lleva más que un prisionero. Continuaremos adelante hasta que encontremos un lugar fuera de la vista de los «teotis» y allí les interrogaremos.

Se actuó con rapidez y una vez el nuevo rehén junto a Sidney, le interrogó éste:

—¿Cuál es tu misión cerca del rey Karten? Te conviene responder. Sabemos que conoces nuestro idioma. Además, tú desearás que el rey Karten salve su vida, ¿no es eso?

El «teoti», si temió por su rey o por él mismo, no lo demostró y permaneció callado, obligando a Sidney a advertir a través del micrófono:

—Este tipo no quiere hablar. Tratad de hacer berrear un poco a Karten y tal vez así se convenza de que la cosa no va en broma.

Se acercaron a un terreno montañoso, junto a un lago.

Los fugitivos vieron volar en dirección a lo que había sido palacio real un nutrido grupo de «teotis» y hombres globo, todos ellos armados con su escudo y sus pistolas desintegradoras.

No prestaron atención tales grupos a los «anfibios» en que marchaban los fugitivos, pero éstos comprendieron que no tardarían en buscarlos.

El «teoti» que iba en el mismo «anfibio» que Sidney comenzó a demostrar cierta intranquilidad y el terrestre que lo advirtió, le dijo un tanto al azar:

—Temes a los monstruos vegetales, ¿no es eso? Pues os entregaremos a ellos. No solamente a ti, sino al propio Karten y a su familia, que, como habrás podido observar, viene también con nosotros.

Señaló entonces el «teoti» en la dirección que seguían y dijo:

—Para allí no conviene.

Señaló luego hacia otro punto:

—Para allí sí conviene

—¡Creo que eres lo bastante inteligente para comprender que si

tratas de traicionarnos no escaparéis ni tú ni Karten!

—No quiero que caiga Karten ni tampoco yo. Debemos salvarnos y os salvaréis vosotros también.

—Eso está bien hablado. Nos ponemos en tus manos. Tú dirás.

Siguiendo las indicaciones del «teoti», se apartaron del lago, desviándose en un ángulo de 90 grados, aproximadamente, marchando a través del campo, teniendo que salvar una amplia barranca.

Llegaron así a una especie de gruta; para entrar en la cual hubieron de trepar los «anfibios» por unas cuestas bastante duras en la ladera de la montaña.

Penetraron allí los cinco «anfibios» y los rehenes fueron bajados, quedando en el centro del recinto con una escolta de terrestres, los cuales recibieron la orden de disparar sin contemplaciones al menor asomo de rebelión.

Después de tomar tal medida, por orden de Howard, se aseguraron los terrestres de que la cueva no tenía más entrada que aquella, y tranquilizados en tal sentido, se dispusieron a interrogar al «teoti».

—Nos interesa una aeronave sideral, semejante a la que nos trajo aquí. No les deseamos mal alguno, pero queremos salir de aquí. Hemos de volver a nuestra Tierra.

—Comprendo —respondió el «teoti».

Con un palo dibujó en el piso de la cueva, con bastante exactitud, un mapa, señalando distancias y marcando luego la posición que ocupaban ellos en aquel momento.

—Aquí, nosotros. Aquí, lugar donde están los aviones y las aeronaves siderales. Aquí, rodeando el lugar, todo esto, lago inmenso, casi como mar.

—Está bien. ¿Qué posibilidades hay de sacar una de esas aeronaves?

—Es difícil, porque está bien guardado. Las aeronaves salen siempre de allí por orden directa de Karten, quien las conduce por medio de radiotelepatía. Pero él aquí carece del emisor necesario y no podrá hacer nada.

—Bien. Eso no es obstáculo. Iremos donde haya uno y que dé las órdenes desde allí.

—Temo que no hay ninguno. Los dos que existían estaban en el palacio real, pero parece que han sido destrozados por vosotros mismos —añadió con cierta maligna alegría.

—No hemos sido nosotros. Han sido los hombres azules. Ignorábamos que hubiese allí generadores de ultrasonidos de potencia apta para la destrucción.

—Existían allí cosas muy interesantes que ahora habrán

desaparecido.

—Eso no nos preocupa ahora. ¿Hay algún medio para llegar allí, para sacar una aeronave?

—No lo puedo decir.

—Tú no tienes interés en vivir ni en que viva Karten. Pero si no tienes interés en vivir, no te vamos a defraudar. Vas a venir con nosotros, y si perecemos, perecerás con nosotros. Si intentas alguna traición, te fulminaremos en el acto.

—Lamento vuestra actitud, pero no puedo hacer otra cosa.

—Más lo lamentamos nosotros. Si te portas como un buen guía recobrarás tu libertad, y cuando iniciemos nuestro vuelo recobrarás a tu rey y a toda su repugnante familia.

Era Howard el que había hablado de aquella forma

—No te engañaré —respondió el «teoti».

—Es lo que más te conviene. Veamos, Sidney. ¿Estás dispuesto a acompañarme?

—Naturalmente que sí. ¿Cuántos vamos a ir?

—Cuantos menos, mejor. Si hemos de llegar, llegaremos lo mismo.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Yo iré con vosotros —intervino Lidia—. Alguien tendrá que preocuparse de nuestro guía y os aseguro que no tendré la mano blanda.

—Aceptado.

Mirian quiso ser también de la expedición, pero fue rechazada terminantemente. No era una mujer audaz, decidida, como lo era Lidia y más pronto hubiese resultado una rémora.

Antes de salir, Sidney se dirigió a los que quedaban en la cueva.

—Si os atacan los «teotis», poned de parapeto a los rehenes. Será la mejor manera de frenarles. No olvidáis que os atacarán principalmente desde el aire. Si despierta Karten, haced con él la prueba de que haga venir una aeronave sideral.

—En ese caso no es necesario que os vayáis vosotros

—No sabemos cuándo volverá en sí y no podemos esperar. Además, tampoco estamos seguros de que está en condiciones de operar.

El «teoti» que iba a servir de guía respondió:

—Aunque estuviese en condiciones de operar, no lo haría. Se consideraría rebajado ante su pueblo y se dejaría matar antes. Vamos. Yo tengo interés en salvarle. Si vuelve en sí, me ordenaría estarme quieto y yo no podría desobedecerle.

—Has hablado bien, «teoti». Sube.

Tomó Howard los mandos del «anfibio» y subieron con él Lidia Tsang y Bat Sidney, los cuales colocaron al prisionero en el centro,

dispuestos a destrozarlo al menor asomo de traición.

Instantes después salían de la gruta y marchaban en la dirección que el «teoti» les había señalado.

CAPÍTULO VIII

Base aérea

DURANTE el camino hacia la base aérea, encontraron bastantes grupos de hombres globo que se dirigían hacia donde se había asentado el palacio real de Karten.

El «teoti» prisionero daba muestras de viva inquietud.

—¿Qué sucede? —interrogó Sidney.

—Ellos llegarán a las ruinas del palacio y las removerán. Se darán cuenta de que Karten no está allí, de que Karten falta, y lo buscarán.

—¿Y crees que lo encontrarán?

—Sí. Porque seguirán el rastro de los «anfibios».

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en darse cuenta de la desaparición de Karten?

—Lo ignoro. Pero no mucho. Se reunirán allí muchos «teotis», llevarán máquinas poderosas y sólo será cuestión de poco tiempo.

—Trataremos de vencer al tiempo.

Llevaban una velocidad endiablada, la máxima que podía permitir el «anfibio», y no tardó el «teoti» en señalar una mancha cristalina en el horizonte, mancha que se iba agrandando gradualmente.

—Allí están las instalaciones donde se hallan las aeronaves siderales y los aviones de gran tamaño.

—¿Cuál es el mejor medio de llegar?

—El aire está muy vigilado. Deberemos ir debajo de la superficie del agua.

Los tres terrestres se miraron. Para ellos no resultaba una empresa difícil, puesto que con sus depósitos de oxígeno y sus escafandras, podrían aguantar un mínimo de dos horas bajo el agua, permitiéndole la ligereza del traje metálico que llevaban desplazarse rápidamente.

Pero no sucedía lo propio con el «teoti», que no tenía defensa alguna, y así se lo manifestaron.

—Somos anfibios y en el agua me encontraré como en nuestro elemento.

—Sin embargo, el día de nuestra llegada, cuando nos atacaron los monstruos vegetales, ellos intentaban refugiarse en el agua y los «teotis» voladores no parecían muy dispuestos a seguirles allí.

—Porque en el agua llevan ellos ventaja en la lucha.

Siguieron rodando, obedeciendo las indicaciones del «teoti», el

cual, una vez el «anfibio» en la orilla del lago, hizo que lo detuvieran bajo unos árboles.

—No es fácil que lo divisen aquí, pero estaría mejor dentro del lago, entre el verde que hay en la orilla.

—¿No lo necesitarás tú para volver?

—Yo volveré con vosotros. Habré cumplido mi palabra y quiere asegurarme de que vosotros cumpliréis la vuestra de dejar a Karten y los suyos con vida.

Fue Howard quien se metió con el «anfibio» en el agua, abandonándolo en un lugar donde era imposible que lo pudiesen divisar desde el aire, y reuniéndose a continuación a sus compañeros, los cuales nadaban llevando al «teoti» en el centro, el cual les hacía continuas indicaciones de que debían profundizar más si deseaban no ser vistos desde el aire por la guardia de los hombres globo.

No tardaron en divisarlos en pequeños grupos, sobrevolando a bastante altura, y en tales ocasiones profundizaban hasta llegar al fondo, a fin de confundirse entre los vegetales que crecían en él y no ser vistos.

Algunos de los grupos debieron ver algo sospechoso, porque se lanzaron rápidamente, hasta llegar a rozar con la superficie, pero ya entonces los terrestres se hallaban bien escondidos, permaneciendo inmóviles, hasta que los «teotis» se retiraban y reemprendían el vuelo.

En tales ocasiones, su guía les miraba como diciéndoles: «¿Qué les parece si hubiésemos intentado ganar la base dentro del «anfibio», aunque éste se hubiese desplazado bajo la superficie?»

A causa de las veces que hubieron de hacer alto, tardaron bastante tiempo en llegar a uno de los extremos de la base, el que el guía «teoti» consideró más apropiado para pasar desapercibidos.

—¿Veis aquellas seis bocas que emergen del agua y que vienen a ser como otros tantos pequeños islotes?

—Sí.

—Pues bien. Sus bases están excavadas en su interior y dentro de cada una de ellas se halla una aeronave sideral.

—¡Buen escondite!

—Se desciende por una suave rampa hasta donde está la aeronave situada. Es relativamente fácil sacarla de allí si conocéis su manejo.

—Lo conocemos. Hemos hecho un largo viaje en una de ellas y puse buen cuidado en aprenderlo, aunque Bronson no se mostraba demasiado dispuesto a dejárnoslo ver. Pero tampoco se podía negar de una forma categórica.

—Existe un peligro —respondió el «teoti»—. Que los guardianes se den cuenta de vuestra presencia, en cuyo caso, si no pueden destrozaros de otra manera, tratarán de evitar que podáis sacar ninguna de las aeronaves, inundando sus hangares. Les bastará para

ello volar aquella presa gigantesca que veréis al norte.

—Procuraremos que no nos vean.

Sin decirse nada entre ellos, sentían los tres terrestres la inquietud que les producía la situación en que podrían estar en aquellos momentos sus compañeros, a pesar de tener en sus manos los rehenes.

—¿Habrán sido descubiertos?

Fue Lidia la que manifestó su pensamiento en voz alta, casi sin poderse contener.

—No tiene importancia... Ellos tienen una buena defensa. Llevamos ya demasiado tiempo aquí y hemos de resolver esto rápidamente.

El «teoti», sin decir nada, señaló para los grupos de vigilancia, más numerosos cada vez, o tal vez más inquietos, tal que si presintiesen el peligro.

—¿Existe siempre tanta vigilancia?

—Aproximadamente es casi siempre la misma. Pero en esta ocasión parece que se muestran más inquietos, se desplazan con más rapidez. Es posible que tengan conocimiento de lo que ha sucedido en el palacio de Karten y hayan recibido órdenes de evitar vuestra fuga por todos los medios.

—¿Están los seis aparatos en condiciones de ser puestos en vuelo?

—Sí. Están impecables. Imagino que exactamente lo mismo que el día que fueron construidos.

Sentían los tres terrestres una viva curiosidad por conocer el proceso de la industrialización de Bonder en manos de aquellos seres, pero no podían perder tiempo en aquellos momentos. Bat Sidney señaló hacia una de las bocas que emergían del agua.

—Nos interesa llegar a aquella. Hay menos distancia y quiere decir menos posibilidades de ser descubiertos.

Asintió el «teoti» y volvieron a deslizarse al agua, marchando a cubierto un buen trecho y teniendo que descender luego hasta el fondo y avanzar entre las plantas a continuación para ofrecer así menos visibilidad.

Pero aquello hacía la marcha bastante más lenta y penosa y amenazaba con hacer saltar los nervios de los terrestres, en particular, los del impulsivo Howard.

Tal vez por lo mismo, fue Sidney quien destacó, poniéndose en cabeza, llegando a las cercanías de la boca bastante antes que sus acompañantes.

Una vez allí, se volvió boca arriba y comprendió que resultaría materialmente imposible llegar hasta la entrada del singular hangar sin que los vigilantes se dieren cuenta.

Por señas dio a entender a Bob Howard y a Lidia, que llegaban ya con el «teoti», que debían cubrirle con sus armas mientras él se

arriesgaba a salir.

Y sin aguardar la respuesta, deseoso de terminar cuanto antes con aquella situación, se deslizó con sumo cuidado, escondiéndose entre la abundante vegetación.

Cuando creyó que tenía mejores posibilidades, emergió y corrió en dirección a la entrada del hangar.

Había contado, al realizar este movimiento, con el grupo principal de vigilancia que evolucionaba en aquella parte y le fue posible pasar desapercibido para ellos, pero no podía adivinar la presencia de otro grupo que apareció inesperadamente a sus espaldas y cuyos componentes, al verlo, se lanzaron sobre él, al tiempo que gritaban la alarma.

Cuando se dio cuenta Sidney de la presencia de sus enemigos, en lugar de defenderse, corrió aún más velozmente, dispuesto a llegar hasta la puerta del hangar.

Fulguraron los latigazos de los rayos desintegradores surgidos de las armas de los «teotis».

Afortunadamente, la tenacidad de los trajes metálicos de los terrestres estaba a prueba de tales rayos y Sidney resultó indemne.

Comprendió el terrestre que no podría llegar hasta el hangar y disparó a su vez el arma desintegradora que empuñaba. Desaparecieron desintegrados varios de los hombres globo, pero, al fin, uno de ellos logró filtrarse por uno de los costados de Sidney y con uno de sus brazos prensiles asestó un furioso latigazo al terrestre, obligándole a soltar el arma.

Otro de los «teotis» se lanzó sobre Sidney y lo sujetó fuertemente con sus dos brazos inferiores, e hinchando rápidamente su globo, tiró del terrestre, elevándolo consigo.

Todo sucedió con inusitada rapidez, pero también Howard era rápido, en la acción y había emergido rápidamente del agua, disparando sin cuidado alguno contra el «teoti» que se llevaba al terrestre.

Desapareció el hombre globo en el aire, y Sidney, libre, cayó en el mismo lugar de donde había sido arrebatado.

Howard se multiplicaba, acosado por todas partes, y lo hubiese pasado mal a no ser por Lidia, que acudió en su auxilio valientemente, destrozando un grupo de «teotis» y colocándose luego espalda con espalda con su compañero para evitar que les pudiese suceder lo que le había ocurrido a Sidney.

En cuanto a éste, bien defendido entonces por sus dos compañeros, se apresuró a recoger el subfusil que yacía en tierra y corrió, llegando hasta la ansiada puerta, que se hallaba cerrada.

Le bastó una emisión de rayos para que se abriera y tendió una mirada hacia el exterior a tiempo que se parapetaba a la entrada del

hangar. El «teoti» que les había servido de guía, había desaparecido, temeroso seguramente de que los guardianes de la base conocieran su proceder.

—¡Acercaos! ¡Yo os cubro con mi fuego! —gritó Sidney, uniendo la acción a la palabra, atacando con singular denuedo a los hombres globo, un grupo de los cuales se lanzó en contra de él.

Pero resultaban una presa demasiado fácil, pese a su número, teniendo en cuenta lo bien parapetado que el terrestre se hallaba.

Lentamente, sin perder la cara a los enemigos que les acosaban por todas partes, fueron acercándose Howard y Lidia, a la entrada del hangar, desde la cual disparaba Sidney sin miedo alguno a que sus rayos pudiesen alcanzar a sus compañeros.

Contuvo Sidney sólo al grupo atacante durante el tiempo preciso para que sus compañeros se pusieran a cubierto.

Habían diezmado considerablemente a los grupos de «teotis» y pudieron advertir que los grupos de refuerzo acudían portando escudos.

—¡Esto se pone feo, amigos! —gritó Sidney—. ¡Vamos, Lidia, deja tu puesto y corre hacia la aeronave! ¡Tú eres capaz de ponerla en marcha!

—¡Pero…!

—¡Obedece! ¡Obedece o estamos perdidos! Aguárdanos allí con ella puesta en marcha mientras veas que conservamos unas posibilidades de reunimos contigo. Si las perdemos, lárgate sin volver la cabeza atrás.

—¡Tiene razón Sidney! ¡Vete! —ordenó Howard.

Los dos jóvenes dieron las órdenes sin dejar de actuar un solo momento, haciendo frente a la avalancha creciente.

La muchacha no dejaba de actuar, pero, al fin, abandonó su puesto a tiempo que les gritaba:

—¡Está bien! Os advertiré tan pronto como la tenga en condiciones de salir.

Corrió Lidia ágilmente, deseosa de llegar cuanto antes. Abrió con mano febril una de las portezuelas de escape, pues sabía lo difícil que resultaba para sus débiles fuerzas abrir la otra desde fuera.

Trepó trabajosamente, pensando con angustia en las vidas de sus compañeros, empeñados en una lucha en la que iban perdiendo posibilidades.

El hecho de que los «teotis» interpusiesen sus escudos a prueba también de rayos, desintegradores, significaba un mayor esfuerzo para los dos terrestres, muchos de cuyos tiros se perdían.

Mantuviéronse, no obstante, unos instantes, los suficientes para imaginar que Lidia había tenido tiempo de llegar hasta la aeronave y encerrarse en ella, donde sería invulnerable al ataque de los «teotis».

—¡Corre tú! ¡Reúnete con ella! —ordenó Sidney, dispuesto a sacrificarse.

—¡Nada de eso! ¡Eres tú el que debe salvarse! —respondió Howard. Y añadió: —¡Y dejémonos de sentimentalismos estúpidos, como diría Bronson!

—¡Maldito Bronson, en buen lío nos ha metido! ¿Y por qué no hemos de salvarnos los dos? ¡Vamos hacia atrás lentamente! El techo es lo suficiente bajo para que no les permita actuar con libertad y tal vez esté en ello nuestra salvación.

Bien pegado cada uno a una pared para tener bien cubierto tal flanco, fueron retrocediendo lentamente, cruzando fuegos con frecuencia, acudiendo a todos los ataques con una rapidez extenuante.

Sintieron un vivo gozo al notar que el hangar trepidaba, al tiempo que Lidia les hacía la señal de que el gigantesco aparato había sido puesto en marcha, que los motores de despegue actuaban con toda normalidad.

Aquello acrecentó sus energías, pero también el acoso de los «teotis», que llegó a ser desesperado.

Lidia les avisó que avanzaba lentamente.

Escuchaban su voz a través de uno de los altavoces que salían al exterior de la gigantesca aeronave sideral y se dieron cuenta por la trepidación de aquella especie de cueva, que había iniciado la marcha.

—¡Tendeos en tierra! ¡Voy a barrer a esos bichos!

Era arriesgada la solución que apuntaba Lidia, pero no tenían otra salida si deseaban tener posibilidad de penetrar en el aparato.

Volvió a avisar ella:

—¡Debéis trepar por las pequeñas compuertas de lanzamiento'. ¡Están abiertas dos, una para cada uno! ¡A tierra!

Obedecieron ellos a tiempo que se oía una fuerte explosión en el exterior, seguida de un estrepitoso rumor de aguas desbordadas, y comprendieron lo que había sucedido.

—¡Los «teotis» han volado la presa! ¡No tenemos tiempo que perder!

El grito de Sidney fue ahogado por el estruendo que produjeron los disparos que hacía Lidia con algunas de las armas de a bordo.

Los escudos de los «teotis» no podían resistir la potencia de fuego de las armas que empleaba Lidia y los que se hallaban al frente del grupo fueron destrozados, materialmente barridos.

Los restantes trataron de retirarse, pero el fragor de las aguas que avanzaban incontenibles les advirtió que era tarde ya para huir.

Lidia fue la que se dio, antes que ninguno de los terrestres, cuenta del enorme peligro que se les venía encima, particularmente a Howard y Sidney, si no actuaban con rapidez.

—¡Pronto, amigos míos, o estáis perdidos!

Disparaba ella sin cesar para evitar que los «teotis» en aquel momento de desesperación, los pudiesen cazar por la espalda.

Corrieron los dos hombres, deslizándose por debajo del tren de aterrizaje de la aeronave.

—En aquel momento se produjo un estrépito ensordecedor. El aire del interior del hangar sufrió una terrible compresión por el empuje de las aguas, que cegaron la entrada, destrozándola en parte y precipitándose por ella con espantosa fuerza.

La aeronave, aun teniendo en cuenta su peso, sintió el choque del aire, quedando instantáneamente frenada.

Lidia vivía unos terribles momentos de angustia, pues no veía a ninguno de los dos amigos.

Howard y Sidney, sin embargo, habían tenido tiempo de llegar hasta las compuertas de la aeronave que Lidia había dejado abiertas. Se aferraron a ellas con terrible ansia después de abandonar sus armas y se izaron a pulso.

Sintieron en el cuerpo el choque del aire, que estuvo a punto de obligarles a soltar su presa; pero se aferraron en un desesperado esfuerzo.

Las aguas se precipitaban con terrible violencia, y aun sintieron su empuje en los pies, pero esto les ayudó más que les frenó, y fue Howard quien gritó con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Cierra!

No hacía falta tal aviso, pues las compuertas habían actuado automáticamente al experimentar el choque de las aguas y se cerraron herméticamente, empujando aún a los dos terrestres hacia dentro.

—¡En marcha si puedes!

Pero no podía vencer al espantoso torrente que arrastraba consigo gruesas piedras, algunas de las cuales chocaron con violencia contra la estructura de la aeronave.

Los dos hombres percibieron el choque de las aguas, pero se sintieron tranquilizados.

¡Estaban a salvo!

Comprendió Lidia que resultaba inútil en aquel momento intentar salir y aguardó a que las aguas cediesen en su violencia. El nivel de las mismas subió rápidamente hasta que la aeronave se vio envuelta totalmente.

Una vez lleno el hangar, quedaron las aguas casi en reposo.

Ya no tenían prisa alguna, y Lidia dejó su puesto ante los mandos para correr en auxilio de sus compañeros.

Descendió hasta donde ellos se hallaban y los halló aún tendidos en el piso, agotados por el esfuerzo que les había tocado realizar.

—¿Heridos?

—Nada de eso, tranquilízate. Agotados, pero esto pasa pronto. ¿Y

la aeronave?

—Parece que ha resistido perfectamente la embestida de las aguas.

—Hay que tratar de sacarla de aquí lo antes posible, antes de que las aguas sedimenten y podamos quedar aprisionados.

—Voy enseguida.

Tendió la mano a los hombres que se levantaron con su ayuda y, aunque trabajosamente, la siguieron,

Se colocó ella a los mandos, dando la orden de marcha.

Trepidó la aeronave, realizando un terrible esfuerzo

Lidia llegó a pensar con angustia si lo que tanto habían deseado para poder escapar de Bonder, llegaría a convertirse en su sepultura.

Pero al fin el aparato logró vencer las resistencias que se le oponían y se elevó ligeramente del piso, flotando como podría hacerlo un submarino. Progresó lentamente.

Al llegar cerca de la entrada advirtieron que ésta estaba medio obstruida, y Sidney que se había repuesto, envió un mensaje de rayos desintegradores, logrando que la abertura se ensanchara notablemente, permitiendo el libre acceso de la aeronave a la superficie.

Apenas en ella, se vieron atacados por varios grupos de «teotis», que se movieron con desesperación en torno a ellos, llegándoles a hacer reír en aquel momento.

Hubieron de realizar las maniobras en medio del acoso de los feroces seres, pero que en aquellas condiciones no podían ofrecer peligro alguno y cuando se elevaron, por iniciativa de Howard, comenzaron su labor de destrucción.

—Debemos cegar las entradas de todos los hangares para evitar que puedan llegar a perseguirnos.

Evolucionaron en el aire y comenzaron a descargar andanada tras andanada, observando el terrible efecto que producían.

Una vez se sintieron satisfechos de su obra de destrucción, iniciaron el vuelo en dirección a la cueva donde el resto de los terrestres había quedado con los rehenes.

CAPÍTULO IX

Monstruos contra monstruos

LOS terrestres que habían quedado en la cueva, aseguraron bien a los prisioneros, a pesar de que dormían y procurando no dejarse ver desde el exterior, se situaron de forma que mantenían bien vigilados los accesos al lugar donde se hallaban, incluso los accesos que los hombres globo podían emplear, dado su dominio del aire.

Pasó el tiempo sin que se produjese ningún incidente y el mismo sosiego en que se hallaban fue fomentando un sentimiento de viva inquietud entre ellos.

Ignoraban los allí reunidos lo que les podía haber sucedido a sus compañeros y conocían por experiencia que tenían que habérselas con un terrible enemigo que podía haber hecho presa en ellos, por lo que posiblemente tendrían que estar esperando allí vanamente durante horas y horas.

El tiempo, en aquellas condiciones, se les hacía más largo. Los minutos se les agigantaban hasta el extremo de parecerles inacabables.

—¿Qué os parece si salimos un pequeño grupo en un «anfibio» a tratar de saber lo que ha sido de ellos?

—No sabemos hacia dónde pueden haber ido.

—Podemos llevarnos a uno de estos «teotis» que hemos apresado últimamente. Además, ahí tenemos dibujado el mapa por el otro «teoti» que les acompaña.

—No debemos disgregarnos. Es la orden que han dado y es muy justa. Cuando ellos fracasen, saldremos otros, pero no antes.

Se impuso aquella voz y así transcurrió otro lapso de tiempo bastante largo.

Tiempo suficiente para que a Karten, que apenas si había bebido, al inferir escasa cantidad de narcótico, se le pasara el sueño y se diese cuenta de la situación, en que se hallaba al tratar de distender sus músculos.

Tuvo el rey de los «teotis» suficiente presencia de ánimo para reservarse y no dar a entender que entraba en posesión de sus normales facultades. Pudo darse cuenta del nerviosismo que se iba apoderando de los terrestres y del peligro inminente que él mismo corría.

Llevaba Karten consigo una pequeña emisora radiofónica, que

aunque no muy potente, le hubiese bastado para enviar un mensaje a su gente, pero, desgraciadamente para él, al estar ligado, no la podía poner en acción.

No pudo evitar emitir un bufido de disgusto, y aquello hizo que los terrestres se diesen cuenta de que el monarca estaba en condiciones de actuar y de responder.

—¡Karten ha despertado! ¡Este bandido puede resolver el problema! —exclamó uno de los terrestres.

—Sidney, Howard y Lidia debieron haber aguardado aquí. Se han expuesto inútilmente.

—Ellos ignoraban que Karten podría volver tan pronto en sí y han ido a por una solución que urge —respondió el que hacía de jefe, dispuesto a cortar toda discusión, sabiendo lo dada que es la gente a censurar al que no está presente.

—Pero ahora que Karten está en sus cabales, podemos obligarle a que de órdenes para que venga a recogernos una de las aeronaves siderales. Ya sabéis lo que dijo el «teoti» que se ha ido con ellos.

—Está bien. Aunque ellos traigan otra, más nos valdrá estar sobrados de material que faltos de él.

Se dirigieron a Karten, poniendo en su conocimiento lo que querían de él, amenazándole con castigarle si se resistía.

—No puedo hacer nada.

—Sí puedes hacer. Da la orden o perecerás tú, y contigo, los tuyos —añadió uno de los terrestres, señalando hacia los otros terrestres.

—Necesito una emisora.

—En uno de los «anfibios» hay emisora. Vas a dar la orden en inglés y pronunciarás exactamente las palabras que se te ordenen. Ni una más.

Karten pareció dudar, pero respondió al fin:

—Está bien. Lo haré si prometéis no hacer daño a nadie de los que se hallan prisioneros conmigo. Y cuando os marchéis, nos dejaréis tranquilamente aquí.

—Accedemos en lo que se refiere a vosotros, los «teotis». En cuanto a nuestro coterráneo Bronson, nos lo llevaremos para juzgarlo como traidor. Y al marciano, nos lo llevaremos también. Es un arma demasiado peligrosa en manos de unos niños que os asomáis ahora a una civilización que encontráis, además, excesivamente adelantada.

—Está bien. Os cedo también a Sweit.

—Adelante pues.

Sin desatarlo, lo llevaron ante la emisora del «anfibio» y siguiendo las indicaciones del propio Karten, la pusieron en marcha. Facilitó Karten todos los datos necesarios y mientras los otros le dictaban el mensaje que él pretendía no asimilar perfectamente, haciéndoselo repetir una y otra vez, envió una orden telepática a su gente, dando la

situación del lugar en que se hallaba y lo que debían de hacer para libertarle.

Repitió el mensaje y al fin fingió comprender lo que había de radiar en inglés y lo hizo rápidamente.

Cuando terminó se sintió satisfecho de su obra y hubo de realizar un esfuerzo sobre sí para evitar reír.

Instantes después, en lugar de las aeronaves siderales, eran lanzados al espacio en diversas bases aéreas los pequeños aviones de combate que los terrestres ya conocían por haberlos visto actuar contra los monstruos vegetales.

Se produjo un compás de espera en la cueva donde se hallaban los terrestres y los rehenes «teotis». El que había asumido el mando del grupo terrestre, se dirigió a Karten.

—Te voy a colocar en la boca de la cueva. Si nos has engañado, serás el primero en caer.

Sintió impulsos Karten de reír otra vez, pero hubo de contenerse ante la gravedad de la situación, pues no solamente fue trasladado él a la entrada de la cueva, sino sus familiares.

—He pensado que sois los mejores parapetos que podemos tener y allá vuestros «teotis» si atacan.

Disimuló el terrible susto que sentía, en particular, al ver a la princesa Taora, su hija adorada, colocada en lugar preferente.

Estuvo tentado en dar orden en contrario a las que había dado antes, pero le contuvo el miedo a ser juzgado más tarde como cobarde por los propios «teotis»

Sabía Karten que su pueblo daría la vida por él, por salvarlo; pero no le perdonarían sin embargo una cobardía ante el enemigo.

Con espantoso terror vio el rey de los «teotis» que los rápidos aviones se acercaban velozmente, destellando en el aire. Y rió estrepitosamente, con su risa de loro amaestrado.

Los terrestres se sintieron estremecidos por aquella risa, por lo que había significado para ellos durante el tiempo que estuvieron en los calabozos del palacio, porque aquella risa era para ellos como un presagio de muerte.

—¡Nos has traicionado pero no gozarás de tu victoria! —gritó uno de los terrestres.

Y a tiempo que hablaba, le encañonó con su arma.

Pero el jefe del grupo le contuvo.

—¡Quieto! ¡Para ejecutarlo siempre estamos a tiempo! No olvides que el valor de Karten para nosotros, se pierde si muere. Si los aviones atacan, será él la primera víctima. Por la cuenta que le tiene, ya dará la orden de que retrocedan.

Adelantaron los terrestres los «anfibios» hasta la boca de la cueva para que les sirvieran de parapeto y de paso, para servirse de sus

armas. El que portaba la emisora, lo situaron cerca de Karten.

—Ahí tienes la emisora, Karten. Cuando quieras, ya darás la orden de retroceder a esos aviones. Si no la das, dudo mucho que te libres de la primera ráfaga que disparen.

El monstruo no podía desahogar el terror ni la ira que sentía, se hallaba inutilizado y rió escandalosamente, sirviéndole la risa como válvula de escape, sabiendo además que con ella aterrorizaba a los terrestres que como hipnotizados, contemplaban el progreso que hacían los aviones, los cuales llegaban ya a tiro.

En la torreta giratoria de cada «anfibio» se hallaba un terrestre, dispuesto a morir matando.

—¡Atención! Numeren los aviones por orden de avance, numeren sus puestos y distribúyase cada puesto los aviones que le corresponden por posición. No podemos perder una sola emisión de rayos —ordenó serenamente el jefe de los terrestres.

En aquel momento destelló algo en el aire, se produjo un fuerte fragor, y la cueva trepidó por entero, cayendo trozos de su techo y paredes sobre sus ocupantes.

Pasada la primera impresión, los terrestres se dieron cuenta de que todos se hallaban indemnes y de que, por el contrario, los pequeños aviones habían desaparecido en el espacio como por arte de magia.

Un zumbido harto conocido de ellos llegó a sus oídos, despertando sus ecos insospechadas sonoridades en la caverna donde se hallaban, sonoridades que parecían hacer contrapunto a la nerviosa risa del monstruo.

—¡Los aviones han sido destruidos! ¡Ahí están los nuestros pilotando una aeronave sideral! ¡Victoria!

No habían necesitado asomarse para adivinarlo, pero no obstante, varios terrestres saltaron el' parapeto que se habían construido y estuvieron a punto de pagarlo con sus vidas.

Varios grupos de hombres globos, conocedores de la suerte corrida por Karten, llegaban en su socorro y atacaron a los terrestres con sus armas desintegradoras.

Afortunadamente éstas no podían causar mella en sus armaduras y entonces se lanzaron con furia suicida contra ellos.

Rechazaron los terrestres el ataque bien parapetados en los cuerpos de sus rehenes y en los «anfibios», iniciándose una dura pelea.

Le aeronave sideral no podía emplear sus armas de gran potencia contra los «teotis» por miedo a herir a los terrestres y hubo de limitarse a disparar incesantemente formando una especie de barrera para que ningún «teoti» más se pudiese acercar a la cueva, dejando cínicamente a los que se hallaban cerca de ella.

Pero los terrestres de la cueva luchaban con denuedo a pesar del

terrible acoso, no tardando en ver compensados sus esfuerzos al verse libres del cerco.

No tardaron sin embargo en acudir verdaderas oleadas de «teotis» por el aire y gran cantidad de ellos por tierra, en veloces «anfibios», así como varios grupos más de aviones avanzando a diversas alturas y maniobrando ágilmente para dificultar la acción de las armas de la aeronave sideral.

Fue una batalla donde triunfaban la pericia, la tenacidad, la agilidad de maniobrar y en breves instantes los alrededores de la cueva quedaron convertidos en un verdadero infierno, no siendo arrollados los terrestres gracias a la presencia de los rehenes que imponían seriamente a los atacantes.

La aeronave sideral resultaba invulnerable para todas las otras armas presentes en la lucha, pero resultaba demasiado lenta de maniobrar por lo que no podía dar de sí todo lo que sus tripulantes hubiesen dado, aunque era la que lograba que los de la caverna se pudiesen mantener.

—¡Podríamos barrer a toda, esta morralla! —exclamó Howard el impulsivo—, pero los de la cueva podrían sufrir las consecuencias.

De la cueva ya les habían advertido que no se acercasen demasiado a disparar, ya que la trepidación producida por los disparos hacía que techo y paredes se fuesen desmoronando.

—Yo tengo una idea mejor —dijo Sidney.

—¿Qué es ello?

—Tripularé uno de los aviones de reconocimiento de nuestra aeronave y me lanzaré al espacio. Estoy seguro de que atraeré gran cantidad de «teotis» sobre mí. No temáis, no me dejaré alcanzar y sin embargo los llevaré donde deseo y allí libraremos la batalla. No les atacaré con rayos desintegradores precisamente...

—¡Magnífica idea, digna de ti, genial Sidney, pero permíteme que sea yo el que la lleve a cabo! —respondió Howard.

—No pretendas ser tú siempre el héroe, amigo mío, —respondió Sidney en tono de chanza—. Tiempo tendrás de ello cuando constituyas el hogar y lo tengas que sacar adelante.

—Déjate de bromas. No puedo consentir que te expongas precisamente tú, el hombre de las ideas...

Pero sus palabras quedaron en el aire, Sidney había abandonado su puesto y tripulaba a poco uno de los aparatos, poniendo sus reactores en funcionamiento.

—¡Despejadme en lo posible el cielo de aparatos enemigos! —gritó.

Instantes después salió lanzado al espacio como una saeta y no mucho después sus amigos lo perdían de vista, si bien quedaba la estela de sus perseguidores, según el propio Sidney había previsto.

Fueron muchos los «teotis» que se lanzaron en su seguimiento y entre ellos, algunos aparatos, descongestionando el teatro de la lucha. Sidney maniobró inesperadamente, dejándose alcanzar por algunos aparatos, pero fue para colocarse en posición favorable sobre ellos y destrozarlos en un abrir y cerrar de ojos, continuando luego el vuelo, pero con más reposo, dejándose ver por los «teotis», evolucionando, para atraerles sobre el terreno donde se había librado días antes la batalla contra los monstruos vegetales.

Fue entonces cuando Sidney se revolvió como un rayo, atacando, pero no con las armas desintegradoras, sino con proyectiles explosivos.

No tardó mucho tiempo en regar con los destrozados cuerpos de los «teotis» vencidos las márgenes del río de donde habían salido los monstruos vegetales.

Enfrentaría aquellas dos fuerzas monstruosas, las lanzaría una contra otra para poder librarse de la asfixiante opresión que ejercían los hombres globo sobre ellos.

Hubo de luchar duramente pues los «teotis», actuando a la desesperada, se lanzaban en masa contra el aparato, confiados en que terminarían por derribarlo.

Sidney, aunque sin perder su sangre fría, llegó a pasar por momentos de verdadera inquietud, pero al fin, su estratagema dio resultado y las plantas-monstruo comenzaron a hacer su aparición, sobre la orilla del río, lanzándose fieramente sobre los «teotis» que, bien muertos, o bien heridos, habían sido derribados.

Se dividieron entonces los hombres globo, tratando de defender a sus compañeros caídos y Sidney atacó con renovado brío, dando carne a los monstruos que fueron surgiendo en gran, número ante, el auxilio inesperado que recibían de su formidable enemigo en el aire.

Comenzaron los «teotis» a sentirse desmoralizados y cuando Sidney inició su retirada, le siguieron, deseando exterminar antes que nada aquel terrible enemigo que iba sembrando el camino de cuerpos maltrechos.

Era la ruta que el terrestre iba marcando a las monstruosas plantas que salían en número inconcebible, convirtiéndose a poco en una avalancha espantosa que avanzaba con furor incontenible.

Vio Sidney cómo atropellaban todo lo que encontraban a su paso y cómo al fin caían con terrible furia contra los vehículos y contra los «teotis» que, a pie, sostenían el asedio de la gruta.

Aquello era más de lo que los hombres globo podían aguantar y su odio ancestral se volcó contra las plantas invasoras, abandonando a los terrestres, enemigo que, además, estaba costándoles demasiadas víctimas.

Aprovechó Sidney para limpiar el terreno en torno a la cueva y

viendo que la lucha entre los monstruos pasaba por fases alternativas, aunque siempre alejándose más y más de la caverna por el miedo que tenían los hombres globo a que su rey fuese atropellado, dio orden a sus compañeros de la aeronave sideral para que tomasen tierra los más cerca posible de la cueva, mientras él continuaba patrullando por el espacio, formando en combinación con las armas de a bordo una cortina protectora para que los terrestres confinados en la gruta pudiesen llegar hasta la aeronave sideral.

Siguiendo las instrucciones que recibieron de Howard por medio de los altavoces, se retiraron en los «anfibios», llegando con ellos hasta el pie de la aeronave, protegiendo Sidney desde el aire el embarque, no sólo de sus compañeros, sino de Bronson y Sweit.

Los últimos que embarcaron se protegieron con los cuerpos de Karten y sus familiares y al final los lanzaron a los «teotis», que volvían al ataque creyendo que se los iban a llevar.

Cerraron automáticamente las portezuelas de la aeronave y momentos después se elevaba majestuosamente en el espacio, recogiendo una vez en el aire el avión de reconocimiento pilotado por Sidney y que tan magnífico papel había llevado a cabo en aquella ardua empresa.

Volaron lentamente en principio, observando la lucha terrible que continuaba desarrollándose abajo, entre los «teotis» y los monstruos vegetales, los cuales parecían adivinar que el rey de sus enemigos estaba a poca distancia de ellos, que tal vez no volviese a presentárseles otra ocasión como aquella para destrozarlo.

Se lanzaron a duros asaltos una y otra vez, pero al fin, según pudieron ver los terrestres, volvieron a imponerse los hombres globo gracias a su dominio del aire.

Lidia exhaló un grito de espanto, haciendo que todos se volviesen aterrorizados en dirección a ella, acudiendo Howard a su lado más asustado que nadie.

—¿Qué sucede?

—¡Mis películas! ¡Me refiero a los «films» que había logrado de la lucha entre los monstruos vegetales y los «teotis» y nosotros el día de nuestra llegada! ¡Se han quedado en tierra!

—Pues si te parece —respondió Sidney con tono festivo—, vuelvo a tripular el aparato de reconocimiento y voy a recogerlas.

—¡Seré yo quien vaya! ¡Es a mí a quien corresponde! —exclamó Howard.

Los dos hombres quedaron enfrentados y Sidney respondió calmosamente.

—Ya estás queriéndote hacer el héroe otra vez. No hay quien pueda contigo. Ya te he dicho antes que...

Pero se sintieron interrumpidos por Mirian que se interpuso entre

ellos.

—No es necesario que vayáis ninguno. ¡A saber dónde estarán esos «films», si es que no han sido destruidos por los ultrasonidos! Lo mejor es que yo, desde que embarqué, he estado «filmando» una serie de escenas de la lucha entre esas fuerzas monstruosas. Así es que no necesitamos héroes...

Rió Sidney de buena gana, tomando a Mirian por la cintura mientras Lidia cogía a Howard y lo arrastraba consigo de un tirón.

—Tiene razón Sidney. Si tanto empeño tienes de ser héroe, cásate conmigo. Él nos puede casar aquí, a bordo.

Los dos jóvenes se dieron las manos y otras parejas, después de salvados los terribles peligros, imitaron su ejemplo.

La continuidad de la humanidad, por el momento, estaba asegurada.

Mientras tanto, la aeronave sideral, gobernada por los pilotos electrónicos, se alejaba lentamente de Bonder, como si le doliese abandonar para siempre el lugar donde había sido creada.

* * *

Los terrestres recordaron al cabo de un rato que llevaban dos prisioneros y que debían organizar la vida a bordo para una travesía que, normalmente y al máximo de velocidad, debería durar quince años.

Tenían que revisar las existencias de alimentos y poner en marcha las maquinarias que producían alimentos sintéticos, descomponiendo algunos cuerpos simples, para con sus átomos, lograr las síntesis deseadas.

Cuando todo estuvo en marcha se dirigieron a los dos hombres:

—Usted, Sweit, será conducido a Marte en la primera ocasión y que le juzguen allí los suyos si tienen algo contra usted y si no, allá ellos. En cuanto a usted, Bronson, lo juzgaremos en la Tierra. Será el primer juicio que celebremos después de la catástrofe.

Sweit había palidecido intensamente, exclamando.

—¡No! ¡A Marte, no! ¡Llévenme a la Tierra, júzguenme y condénenme allí! No les falta motivo para ello, pero no me lleven a Marte por lo que más quieran. Y piensen que aun puedo reportarles alguna utilidad. Mi labor no ha sido mala. El malo era Karten, era él quien me obligaba...

—¡Calle ya, bicho miserable! —exclamó violentamente Howard —. ¿Qué le parecería si realizásemos con usted experimentos semejantes a los que usted ha practicado con otros seres? Debiéramos cogerlos a los dos y abandonarlos en el espacio para que muriesen destrozados en él por los meteoritos.

Sidney reconvino a su compañero con la mirada y se dirigió a Bronson.

—¿Cómo es posible que unos hombres de su talla científica se pusiesen al lado de esos monstruos?

—Porque esos monstruos tienen cabeza, un cerebro que usted, que yo, que cualquiera de nosotros envidiaríamos. ¡Ah, el día que esos hombres puedan moverse como nosotros, manejar esa civilización que está al alcance de su mano…!

—Pero esa civilización no la han creado ellos

—Bien, jovenzuelo-respondió Bronson sonriendo—. Le veo venir y ahora ya no tengo inconveniente en relatarles lo que antes les oculté porque convenía así a nuestros intereses. Los «teotis» eran esos seres que ustedes conocen, pero sin piernas y en el lugar donde las tienen ahora tenían otros brazos tan robustos como los otros. Vivían en los lagos de las montañas. Pero ellos pensaban; eran seres como nosotros en ese sentido, aunque tal vez más agudos. Sin embargo, por su constitución física no eran capaces de realizar lo que ansiaban.

—¿Y la civilización?

—Eso fue obra de los «bonderitas», una especie semejante a la nuestra, aunque con ligeras variantes. Pero los «bonderitas» eran guerreros como los terrestres, se exterminaban entre sí y en una de sus guerras, una parte de ellos llevó en su auxilio a los «teotis», sacándolos de sus lagos, haciéndolos entrar en contacto con aquello que ambicionaban y que veían tan lejano, mientras el otro grupo de «bonderitas» se valía de los monstruos vegetales para reforzar sus diezmadas filas. Y aquello fue su golpe de gracia porque después de una lucha larga y costosa, cuando en una y otra parte quedaban pocos «bonderitas», sus propios aliados los exterminaron, ansiosos de disfrutar de las comodidades y el bienestar que les brindaba su civilización. Luego la contienda quedó planteada entre los hombres planta y los «teotis» y fueron éstos los que vencieron, arrojando a los otros a sus viveros y persiguiéndolos implacablemente. Pero los «teotis» pensaron entonces que debieran variar su constitución para disfrutar de la civilización y ha sido en esa interesante fase en la que nosotros ayudábamos por su indudable interés científico, en la que vosotros habéis irrumpido con vuestra bestialidad de humanos, en vez de cooperar como era vuestra obligación…

Brotó una exclamación de todos los presentes.

Bronson, atado de piernas, al accionar, había abierto una compuerta y había desaparecido por ella, arrastrando a su maestro. La compuerta se cerró luego automáticamente.

Howard se precipitó hacia uno de los pequeños aviones de exploración, pero se vio contenido por Sidney.

—¿Dónde vas tan deprisa?

—¡Hay que hacer algo por esos hombres!

—Sería inútil y te expondrías a que un meteorito perforase tu aparato y a ti con él. No podemos hacer otra cosa que rogar por ellos, para que Dios perdone su extravío…

FIN

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura